

Hemos Visto y Vivido algo de Valparaíso

ALESSANDRO
MONTEVERDE
SÁNCHEZ

COLECCIÓN
221 A... LA HABITACIÓN
DE AL LADO DE HOLMES

CUADERNOS DE SOFÍA
EDITORIAL

Editorial Cuadernos de Sofía

CUADERNOS DE SOFÍA
EDITORIAL

HEMOS VISTO Y VIVIDO ALGO DE VALPARAÍSO

Alessandro Roberto Monteverde Sánchez

Colección
221 A... La Habitación de al Lado de Holmes
2021

Hemos visto y vivido algo de Valparaíso
ISBN: 978-956-9817-54-0
Primera Edición Febrero de 2021

Portada y Contraportada
Graciela Pantigozo de Los Santos
Fotografías
Alessandro Monteverde Sánchez
Cuadernos de Sofía
www.cuadernosdesofia.com

Referencia del libro: Monteverde Sánchez, Alessandro Roberto. Hemos visto y vivido algo de Valparaíso. Cuadernos de Sofía, Santiago, Chile. 2021.

CUADERNOS DE SOFÍA
EDITORIAL

HEMOS VISTO Y VIVIDO
ALGO DE VALPARAÍSO

ALESSANDRO MONTEVERDE SÁNCHEZ

Valparaíso - CHILE

PRÓLOGO

Es obvia la adhesión, del para el texto del título de la obra que nos ocupa, HEMOS VISTO Y VIVIDO ALGO DE VALPARAÍSO de Alessandro Monteverde, al “tópico literario de lo visto y vivido”, que fue ocupado, por ejemplo, por los autores de las Crónicas de Indias para certificar la autenticidad de sus descripciones de la nueva realidad americana, pero que aquí tiene más que ver con el afán del autor de resaltar la veracidad vivencial de su aproximación al “puerto principal”.

El texto en comento está estructurado externamente por dos secciones, una extensa, escrita en prosa titulada “Comienzo desde ahora” y una muy breve, conformada por siete poemas de variada extensión, partes en las que se intercalan varias fotografías en color que las complementan icónicamente.

En la conceptualización teórica-literaria es importante la expresión “espacio poético” -acuñada por el profesor Juan Villegas- que debe ser entendida como el entorno físico en que se encuentra el yo desde el cual emite su discurso o, simplemente, como aquel ambiente que es descrito emotivamente por el hablante.

En consecuencia, el espacio poético es un ambiente cargado de la afectividad y de la emotividad del yo, o sea, es un espacio que no es externo a él, sino recreado en su interioridad, en su intimidad.

El hablante comunica el espacio como parte de su mundo y éste, entonces, se empapa de esa interioridad que es la que estructura su discurso.

Es este el procedimiento que se plasma primordialmente en esta especie de crónica poemática que HEMOS VISTO Y VIVIDO ALGO DE VALPARAÍSO de Alessandro Monteverde.

El libro presenta un espacio: Valparaíso, interiorizado -con el mayor de los afectos-, ocupado, transitado, más bien, y descrito recurrente y obsesivamente por el autor y porque como dice éste:

“Creo que es muy difícil escribir cuando estamos distantes y alejados del sentir, y el escribir es demasiado sentir lo que deseas expresar. Por lo cual, cada palabra, frase, oración, da la motivación necesaria para armar, organizar y acoplar los pensamientos, los sueños, las ideas e incluso aquello que no alcanzas a expresar”.

Por otra parte, desde el arte de la antigüedad clásica, se ha manifestado un rechazo por los asuntos trillados: el mismo Aristóteles critica los “sobados” efectos de la tragedia. Por lo tanto, al centrar su texto en el “puerto loco” nerudiano, en la “ciudad del viento” de Edwards Bello, en el “Valparaíso hundido para arriba” parriano, en el “paisaje amplio con el mar alejándose hacia el horizonte” de Manuel Rojas, en “el viejo puerto” que vigiló la infancia del Gitano Rodríguez, en fin, en el “Valparaíso de mi amor” cantado por Jorge Farías -para mencionar solo unos mínimos ejemplos- la elección temática signada desde el título por Monteverde puede considerarse harto peliaguda, dada la concurrencia de la imagen de este espacio en la producción de escritores, historiadores, músicos, dibujantes... de diverso calado.

El autor, consciente de esta situación y para contrarrestarla, en una muestra contemporánea del tópico greco-latino de “ofrezco cosas nunca antes dichas”, utiliza para ello diversos procedimientos.

En primer lugar, desde el punto de vista formal, siguiendo un recurso propio de la narrativa contemporánea: en una prosa abigarrada, utiliza reiteradamente perspectivas múltiples, internas y externas, para una mostración enteriza y totalizante del espacio poético, intentando un texto donde caben todas las personas gramaticales, diluyendo en sus descripciones los puntos de vista

individuales, en una sola entidad, en una especie de narrador colectivo que delinea a Valparaíso en un continuum absorbente.

Muestra de lo anterior, son los párrafos que conforman el epílogo de la primera parte, explicados, de manera heterogénea, por la 1°, la 2° y la 3° personas gramaticales.

“Cerca de todo se encuentra el vacío lleno de olvido y letanía: el Puerto de Valparaíso.
Lo veo sin distinción aclaro el temor real.
Pasión desigual antes de iniciar el caminar.
El trueno suena lejano como las luces de los
Faros de Valparaíso.
Valparaíso no pienses más en el atraso de l
Memoria colectiva.
Valparaíso se recoge a la hora del té, cuando
Todos ven recogerse los cités.
Ayer caminé desde lo distante a lo lejano
Me encontré rodeado de abrazos fraternos y en medio
De ellos a Valparaíso cálido y presto...”

El otro procedimiento que aleja a este texto de Monteverde de la visión tradicional de Valparaíso que lo percibe sólo como un anfiteatro natural que mira al Océano Pacífico -de ello dan cuenta, por ejemplo, emblemáticos topónimos como Playa Ancha, Miramar, Bellavista; aquello del “Año nuevo en el Mar” que convoca a multitudes de turistas de diverso pelaje o la paralizada construcción del Mall Barón- es la vuelta de tuerca realizada por el autor, quien en un gesto que articula la mayoría de su escrito, da la espalda al mar, al plan y se enfrenta, observa y enseña que la esencia de la ciudad está en todos y cada uno de los cuarenta y cinco cerros que la conforman.

“Cada día que nos encontramos con los cerros porteños
Vemos como se mantienen orgullosos y
Expectantes...Que a pesar de estar tapados y
Muchas veces bloqueados con distintas
Habitaciones, cités, ranchos, negocios, canchas,
Plazas, miradores, edificios, jardines, [extinguidos,
Por los incendios, agregaríamos nosotros] siguen
Siendo importantes y mantiene su competencia
Con el vecino”.

Pero, no solo este dar la espalda al mar y enfrentarse a los cerros -así, en plural- permea la imagen de Valparaíso que el autor nos quiere entregar, ya que el texto está subsumido por otro gesto físico complementario: se trata de dar a conocer dicha imagen, después de transitarlos en una continua subida, en la reiterada ascensión (que es tal vez accesis) -con toda la carga simbólica que este término posee- de ellos. Tal vez por eso más típicos medios de transporte porteño se denominen “ascensores” y no descendores.

Gesto que claramente está estipulado en el párrafo que sirve de pórtico y declaración de intenciones de HEMOS VISTO Y VIVIDO ALGO DE VALPARAÍSO

“Cada día, cada año, me encuentro frente de ti,
imponente, lúcido y opaco. Subes, subes y subes,

al parecer estas hecho hacia arriba, a pesar de los movimientos lógicos y sigues subiendo”.

Más aún, esta ascensión emprendida –gracias a otro tipo muy caro al hablante como son las escaleras- y descrita por éste, es contradictoriamente una especie de descenso social del mismo, quien, al mismo tiempo se subsume solitaria y alegremente en las capas populares de la población que va hallando cotidianamente en su exaltado encumbramiento vital.

“Pasa lo mismo con los escalones que en los distintos cerros del puerto que se presentan ante nuestros ojos y nos desafían a pensar.
A subir por ellos como siempre
Lo hecho todos.
O subir de forma o modo diferente,
Como creemos que cada uno de nosotros somos...
Mirada hacia arriba, de día, de noche, con lluvia, al amanecer,
Mareados, recién comidos, amados, pagados el sueldo,
[nos encontramos con] niños, hombres, mujeres, gays,
Lesbianas, metaleros, negros, ciegos, flacos, engañados,
hippies, monas lisas, patrioterros, fundamentalistas,
paranoicos, bohemios...”

En conclusión, el texto del profesor Monteverde es, al fin de cuentas una fenomenología del vivir/sentir/añorar Valparaíso, donde la Ciudad descrita no es discernible como real, sino más bien como ideal.

Esta idealización aparece desprovista tanto de la arquitectura como del anecdotario propio del puerto, propios de las novelas clásicas de Valparaíso como Lanchas en la Bahía de Manuel Rojas o Mónica Sanders de Salvador Reyes.

Así Valparaíso aparece reducido, -pero al mismo tiempo ampliado- a algunos elementos básicos: escaleras/cerros/barrancones/el mar.

Es en estos elementos o sus combinaciones donde se detiene constantemente la imaginación del autor.

Todo lo anterior hace que el relato parezca vaporoso e irreal, parecido a las ciudades invisibles de Calvino o la Jerusalén Celeste del Apocalipsis de San Juan. Sin embargo, la presentación no contiene elementos fantásticos (como Calvino) o religiosos (como el Apocalipsis). Es a pequeña escala: la cotidianeidad es lo idealizado, no la trascendencia. Lo anterior contrasta con la imagen de la ascensión de las escaleras, que es descrita como liberadora, aunque -como ya se señaló- fenomenológicamente centrada en la fiscalidad de la experiencia (la falta de aliento, el cansancio etc.).

Esta imagen es particularmente interesante porque idealización se contrapone con la realidad física del puerto donde, como ya se afirmó, mientras más se asciende en los cerros, más de privados son los estratos sociales que los habitan: la ascensión aparece entonces no como liberadora, sino más bien como una muestra ominosa de la opresión que diferentes instancias han ejercido –más bien perpetrado- sobre nuestro “puerto principal”.

Adolfo Bisama Fernández

Agradecimientos

Los primeros agradecimientos están dirigidos a mi hijo Alessandro y mis hijas Alesia y Caterina. Pilares fundamentales en mi vida. Han sido el acicate, aliciente, estímulo, para realizarme como padre, profesor y amigo.

A mis padres, por su permanente apoyo y creer en mí. Por cierto, a mi hermana María Isabel, amiga, guía y consejera a la vez.

Ciertamente, en este largo proceso de elaboración y reflexión, me he encontrado con muchas personas, que hoy no se encuentran presente, pero que también fueron influyentes e importantes. Les debo mi gratitud por sus consejos y aliento.

Desde luego, cabe mención aparte muy especial para el Maestro/Profesor Sr. Adolfo Bisama Fernández, quien me aconsejó, corrigió y leyó, con mucha paciencia este texto, y que emitió palabras muy significativas y reconfortante al escrito, lo que me vitalizó. Muchas gracias.

Y finalizo, agradeciendo a Valparaíso, a sus cerros, escaleras, calles, atajos, descansos, miradores y demás, que fueron y son motivos de alegría, pena, estímulo e inspiración.

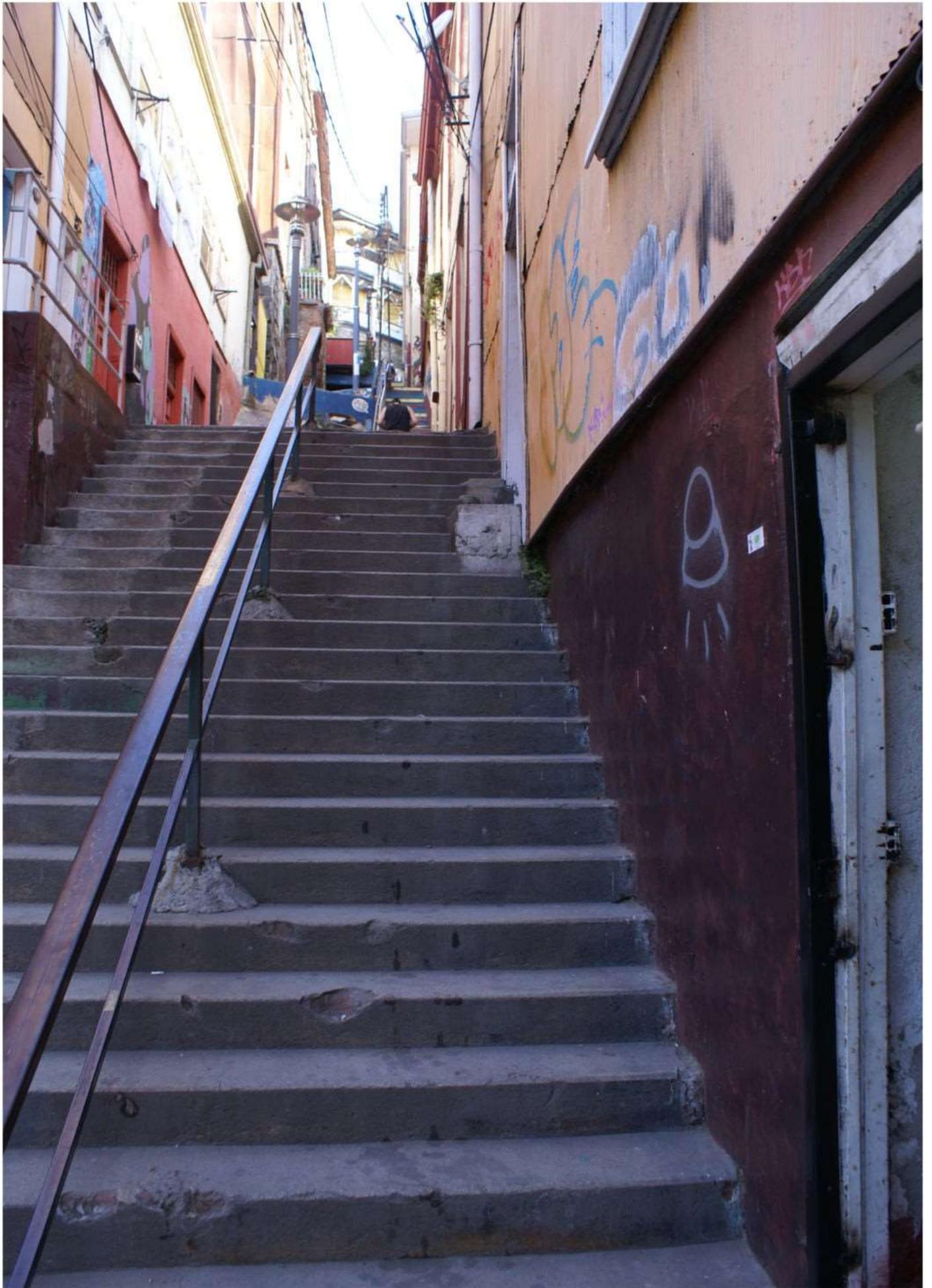
Hemos visto y vivido algo de Valparaíso.

Subir, subir en los escalones...

Caminar caminar en las escalas..

Bajar en cada peldaño...

DE CERROS, ESCALONES, ESCALAS, DESCANSOS.



COMIENZO DESDE AHORA

Cada día por años me encuentro de frente de ti, imponente, lúcido y opaco. Subes, subes y subes, al parecer estás hecho hacia arriba, a pesar de los movimientos lógicos y sigues subiendo.

Escalas, ascensores, caminos, senderos, quebradas, altas, largas, profundas, rectas, curvas, sinuosos, con barandas y sin apoyos. Con descansos y muchos con peldaños de otras medidas, que obligan a cambiar el paso o si no, te demoras más tiempo de lo previsto o simplemente te tropiezas y vuelta a intentar subir.

Todos saben que la fatiga diaria es salir, bajar, trabajar, hacer las funciones diarias comunes de cada uno, pero el retorno, la vuelta, es compleja, subida, con sudor y pesar, pero sabiendo que allí está tu hogar, tu calor, tu familia o simplemente tu «rancho», digna, esforzado, orgullosa, que ha vencido miles de peleas al viento norte, sur y a los aguaceros y tormentas, a los temblores y terremotos y aún más a los implacables incendios, sino maldito desde su nacimiento.

Pero a pesar de todo lo que se diga y se presencie, jamás pensar en hacer o vivir en otro lugar que no sea éste, porque no existe en la mente del escalador natural, que vive agarrado de su cerro, de su quebrada. Es parte de la vida diaria suya, mía y de muchos, está enclavada en la mente y en la de todos los que habitan, viven y conviven día a día cada centímetro de cerro, de su escalera, de su ascensor y de sus vecinos.

Mujeres, hombres, niños, niñas, jóvenes, abuelitas, viejos y otros, comentan día a día lo que significa subir su cerro, su quebrada, su empinada escalera o el afortunado de su ascensor. Nombres de todo tipo, flores, personajes, animales, reciben como identificación los cerros.

Pero todos tienen su propia vida, su propio color, su temperamento. Se respetan cada uno, porque tienen su historia, carácter y origen. Cada uno habla de su importancia, actividad y logros. Nadie se queda callado, inerte, cuando se habla de su origen –del cerro-, todos se defienden y protegen.

El orden es natural, fijo y silencioso. Se protegen uno a uno y a veces los descuidados son porque, el tiempo y los hombres de «esos» tiempos no han cumplido con lo prometido, los han usado con otros fines y les han dejado solo, pero luego estos incumplidores quedan solos y lloran.

En cambio, los cerros y las quebradas, perduran y se refuerzan y crecen y aman a todos sin distinción y diferencia.

Está claro que es fácil salir de allí, lo complejo es, siempre volver y quedar atrapado por el encanto de sus vueltas y precipicios, y así es difícil intentar salir.

Entonces la vida de los cerros es muy activa, dinámica y creativa. Encontramos en ellos múltiples actividades y desarrollo de numerosas actividades. Existen aquellos que se atraviesan jugando a la pelota o los habituales contertulios de las esquinas, los distintos clubs deportivos y de los centros de recreación de todo tipo que existen; además, se agregan distintas juntas que unen a todos como hermanos y los transforma en co-cerrinos... A partir de esto se van a ir creando múltiples actividades, juegos y ayudas en las oportunidades requeridas.

Los cerros son más allá de una simple geografía, tienen cuerpo, alma y vida y también memoria. Son sabedores del pasado. Se respira entre ellos, todo un ambiente de sueños, ilusiones comprometidos con el futuro, que hoy día es y se ve distante, lejano y muchas veces más jabonoso que un mismo pescado recién capturado de una de las caletas que rodean su larga y curvada avenida del mar.

Pero la presencia de los cerros porteños, viva, te mantiene en alerta permanente, constante. Cada segundo, minuto, hora y día los acontecimientos se suceden sin parar, como el protagonista principal de esta obra teatral, vital y continua.

Cada cerro es parte de un elenco escénico, que tiene un lugar y un desarrollo específico. Uno y otro son actores de primera línea, pero todos son protagonistas del escenario fantástico y real del diario acontecer, de la vida misma y de cada hecho que se sucede segundo a segundo.

Decir entonces que hemos visto y vivido algo de Valparaíso es simplemente eso. Son muchos los acontecimientos, los rincones con historias, anécdotas,

acontecimientos y crisis que apenas nos cuentan algo nuevo; así renace el impulso y la necesidad de ir a recolectar nuevas enseñanzas de estos, indomables e inalcanzables altozanos, ya no por su altura, o sima o dificultad de acceso, sino por la acumulación permanente de vida efectiva/afectiva, parida entre sus faldeos y piamontes. Sin disimulo y vergüenza, sino con orgullo y valentía. Porque es la presencia que no decae y se asoma cada vez más del cielo y reflejada en la profundidad del océano aliado y advenedizo, que contiene miles y miles de susurros a sus habitantes esporádicos, en sus botes de cáscara de madera, que bailan al ritmo de las ondas lunares y del viento zigzagueante fino y dulce del amanecer de todos los días, sin importar la estación, día, año o siglo.

Cómo es sabido, este también es un testigo temporal de los acontecimientos, hechos y transformaciones de los cerros. Océano, collado, naturaleza, viento, lluvia y otros elementos han convivido más que nosotros con los eternos cerros y son los llamados a concurrir como testigos mudos de las múltiples hazañas y luchas épicas que han vivido, lamentables para nosotros, en suma, no podemos saber cuántas verdades que estos elementos no nos pueden comunicar.

La necesidad de conocer más al interior de cada una de las realidades, que allí se esconden, nos hacen ponernos curiosos de saber y conocer más de cerca la realidad.

Cada día que nos encontramos con los cerros porteños, vemos como se mantienen orgullosos y expectantes. Nada de lo que sucede a su alrededor los altera. Muy por lo contrario. Se abren y buscan cobijar a mayor cantidad de personas, para que se acomoden donde puedan. Ellos están allí y lógicamente allí se quedan. Quienes los habitan son los que adulteran sus formas únicas y naturales. Que a pesar de estar tapados y muchas veces bloqueados con distintas habitaciones, cités, ranchos, negocios, canchas, plazas, miradores, edificios, jardines y demás, que siguiéndose importantes y mantienen su competencia con el vecino.

Recordemos que inicialmente ellos estaban allí, frondosos, fértiles, llamativos, vírgenes, que invitaban a observar el horizonte, por donde aparecieron las primeras carabelas, naves, naos y allende de los mares con ellos habitantes lejanos y diferentes

–en apariencia-, que hablaban una lengua extraña y que eran dominantes, belicosos, avasalladores y creyentes.

Que en primera instancia se frenaron al encontrarse frente a ellos, con esos inmensos paredones de roca, tierra y vegetación. Imponentes, estáticos, de formación aluviónica cuaternaria, que habían sufrido la evolución de los procesos magmáticos del interior de la tierra, con sus continuas contracciones, dada por las fuerzas internas y externas de la madre tierra.

No estuvieron ajenos a miles de riadas y desbordes que arrasaron con otros paisajes y que después de los continuos procesos, incluidas sequías, altas y bajas temperaturas, inundaciones, ataques eólicos, y otros, llegaron a ser lo que los primeros visitantes allende el mar, van a constatar, impresionándose hasta lo más profundo de su razón.

En cambio, situación contraria a los habitantes autóctonos de estos parajes, visitantes permanentes de sus valles, ríos y playas. Paseantes rutinarios, por la dependencia que los obligaba a ser expertos y peritos, permanentes de sus condominios, que escasamente compartían con la fauna natural y su correspondiente flora.

Entonces desde esos inmemoriales tiempos, los cerros eran accesos prohibidos para los desconocidos y los ajenos a esta tierra. Razón que marcó el uso, –entonces- preferentemente de las costas perimetrales, localizándose donde las bondades propias de esta histriónica geografía le precedió un poco de descanso y posterior confianza.

Méritos no existen, sino que existen pericia y astucia, de quienes van a ir formando esta «aldea», extraño a su realidad y/o resistida en su formación e inicio.

Génesis ni fundación no se conocen, pero sí esfuerzo y tesón para domesticar éstas y muchas escarpadas quebradas y laderas, que le van a ir posibilitando la ubicación y el asentamiento de los «anejos» habitantes, del que iba a ser el Valle –del- Paraíso.

Estos primeros habitantes estaban conscientes que la instalación –suya individual- en algún cerro, significaba, desde ese mismo día, la lucha diaria y

permanente con los elementos propios que reportaba, la osadía de aparecerse «colgado» de una de estas paredes, macizas y resbalosas. Nada los empujó a quedarse, sí mucho los empujó a quedarse, y mucho los obligó a crear e innovar las formas y el modo de encadenarse a las monolíticas del cerro donde iba a ser su vida, su existencia.

La existencia de aquellos hombres va a pasar dentro del quehacer habitual de las costumbres adquiridas en contacto con sus vecinos como, con aquellos visitantes permanentes de otros sitios que se asombran permanentemente de los congéneres habitantes de los cerros.

La presencia de personas unas a unas diferentes y complejamente activas, muchas veces tiene que ver con la presencia de hombres y mujeres que han venido de otras latitudes que por razones muy variadas se van quedando hasta transformarse en uno más de ellos. Con sentimientos cercanos, parecidos y contrarios. Anhelos distantes y parecidos cuando comienzan las conversaciones de los motivos porqué se encuentran avvicinados en los cerros. Semejanzas existen variadas, pero son exactamente disímiles las razones de vida que los llevaron a establecerse en forma casi perenne. Al igual que aquellos árboles que mantienen sus hojas durante gran parte de su vida y sólo la pierden cuando llegan al término de sus días. Días que pretenden hacerlos eternos al tratar de perpetuar su cuerpo en las tierras secas y profundas de las distintas laderas.

Valparaíso y sus laderas están tan cerca de uno que ni siquiera sientes su andar ni su susurrar.

Sabemos que luego de subir una empinada vereda, nos encontramos con distintos descansos, al parecer para tomar «aire» y contemplar el contorno y entorno de las calles y de sus casas multicolores. Tan diferente al cielo y lejano del mar. Ni celeste ni verde, sino rojos y morados, de empeño y amistad.

Calles cruzadas, verticales, semicirculares, profundas y arrampicadas. Que se inician, conducen y terminan, quizás allí donde no se piensa. En el fondo de la ilusión de un paseante que trató de salir, pero que se ha quedado admirado-retenido por su asombro real y ausente. Cosa no rara en la disyuntiva diaria de salir o salir,

caminar o no caminar, ir en ascensor o simplemente bajar de a poco y de escalón en escalón, que así vamos juntando miles de escalones con el paso del tiempo, los días y más.

Cuando más lejos estoy de Valparaíso, menos me recuerdo de las dificultades y sí ignoro las fatigas y pesares de aquellos encuentros difíciles e inesperados. Con personas o fantasmas vivos e irreales, que he tratado de olvidar a cada instante en mi trayecto de subir y subir a los cerros, calles y veredas.

¿Qué podemos señalar entonces, cuando lo que digamos será arrebatado por el viento, como testigo y juez de nuestro desconocimiento de lo que hemos hablado? De historia, por favor ni siquiera hemos comenzado, existen miles y más de Ella, de noticias, hechos, sucesos, acontecimientos y otros, que ya no podremos saber ni siquiera imaginar. Sólo para matizar, miles de recuerdos, anécdotas, narraciones, cuentos, ofrendas, hechos, situaciones, fábulas y más, se las han llevado nuestros antepasados cercanos y muchas más los más antiguos y aquellos que alguna vez vinieron de otros mares y que tampoco han regresado. También aquellos que se sentaban en esos escarpados cerros a mirar el horizonte y que ni siquiera vivían cerca de la costa.

O sea, la Historia la estamos tratando de iniciar, comenzar. Si existen antecedentes, elementos originarios, explicaciones parciales. La Historia la han hecho cada uno de los hombres y mujeres y grupos sociales que han creado su indómito pasado. Testigos, testimonios y testamentos del pasado, que se nos acerca a veces en ciertas partes ...o puntos de convergencia para poder iniciar desde allí una apertura en el conocimiento y acercamiento de la realidad. O sea, de una realidad que confiesa como se puede llegar a saber más y hacer alusión a su probable cercanía. Lo que no significa desmerecer lo hecho y actuado por otros protagonistas, que han impulsado, impuesto e insinuado acontecimientos, facetas, cronogramas, marcos, corrientes y más del devenir y pasar del Puerto.

Sin embargo, a pesar de lo anterior, que debería cada vez que enfrentamos el tema, desanimarnos y contraernos, nos inunda y fortalece el ánimo, impulso y la vida para seguir adentrándonos en esta importante e interesante realidad, que nos desconcierta a cada paso, pero que, a su vez, nos da nuevos y renovados elementos

para encarar, enfrentar y retar a Valparaíso y sus cerros, escalones, mujeres, hombres, niños, calles, paseos, descansos y todo los desafíos que ésta nos imponga.

Valparaíso es una dificultad para aquel que quiera tener una vida sin emociones y quitada de bulla. La vida aquí fluye desde todos los rincones, emana como los olores de las flores y se traslada como el polen. Nada detiene el continuo andar de la vida, la alegría y la pena en los cerros porteños.

Las personas son memos conscientes de sí mismo, pero no se separan de sus raíces, aquella que proviene del interior, del centro de su cerro, apreciado, amado y perpetuo. Nada iguala la percepción y la localía de su situación. No se pueden mover, ni girar, ni doblar. La mirada de su sombra se combina, con la raíz del ascensor, que asciende y desciende al ritmo cardíaco de su voluntad, inmensa y egoísta de cada cerro, que se viste de gala todos los días, desde el amanecer hasta el otro amanecer. Todo se hace perdurable, perenne y fijo. La gente lucha por pertenecer a esta a esta razón inerte de vida, que no se puede obtener en otro lugar y menos fuera de sí, cuando por circunstancias ajenas a su pensar y voluntad, deben abandonar su cerro. Pesar tremendo, carga insoportable, meta ajena y no visible, de aquellos que han sido erradicados de su lugar eterno. La nostalgia y el remedir se hace infinito y no se supera hasta cuando, como sea, él o ella vuelva, aunque sea a ver, oler o palpar parte de su cerro. Aquel que tuvo o debió dejar-lo sin su voluntad, o tal vez por otros motivos, que no son muchos y que no tienen validez, por el efecto que produce la lejanía del mismo.

Es bastante difícil tratar de asimilar parte del sentir que produce la sensación de habitar, vivir, convivir, albergar, etc en un cerro. Las experiencias se entrecruzan, las motivaciones se multiplican, los sueños se perpetúan, el inconsciente galopa a velocidad de la luz, nada queda estático, todo se dinamiza, se activa y se triplica dividiendo el seno por la diferencia más la ventaja de ser único e indivisible.

El carácter es otro de los elementos vivos y presente en cada uno de los cerros. Cada uno sostiene su relación de acuerdo a la reunión de distintos sentimientos que se entrecruzan en ellos. No sabemos dónde se inician y hacia donde se dirigen. Sí, son fuertes, graníticos y percederos. Nada es nada. Porque lo que se puede encontrar aquí hace que todo sea todo, y así lo irrealizable de lo

común y cotidiano, sea sobrepasado por lo realizable y practicable.

Claro está que la vida es algo mucho más del simple pasar por ella, ésta tiene razones distintas –que a lo mejor son vanidades de sus propios habitantes, porque debemos decirlo, cada ciudad controla y forma tipos de vida y también los tiene y produce- porque estamos adentrados en ella y en ciertos aspectos nos hemos visto afectado por ella. El solo hecho de transitar entre sus profundas paredes y quebradas, nos hace reflexionar del cómo y el por qué la vida se lleva cabo aquí. Y nos permite visualizar ciertas circunstancias, que no habíamos previsto anteriormente. Y es así, que inevitablemente se siente la atracción y el deseo de evadirse o involucrarse cada vez más del ritmo absorbente de los cerros y su vida. Vida en todos los sentidos más claros y visibles.

Veremos que nos acontecerá cuando nos acercamos a los cerros, sin tener un pasado, ni pertenecer a él. Por el momento la experiencia ha sido muy llamativa y impactante. Hemos descubierto múltiples hechos, razones y situaciones que ni siquiera había pensado. La novedad es impresionante, te atrae y lleva a indagar cada vez más. Nace el incansable e insaciable sentido de la indagación para comprender ciertas acciones de sus cohabitantes. Actitudes que son únicas y originales. Por esto que las sorpresas son a cada momento y antes de eso también. Se debe tener y tomar demasiada atención para poder absorber y asimilar cada situación y cada convivencia que se logra alcanzar día a día. A pesar que en la imagen todo parece estático, igual e irrepitable. En lo real la situación no es así. Muy por lo contrario, todo evoluciona, cambia, pero sin modificar lo fundamental, lo breve. Los actores pasan, las personas se alteran, pero el protagonista –el cerro- a pesar de ser cada vez más «adornado» se mantiene allí, erguido, terco e invencible. Dictando las pautas y normas de la vida. Nadie sale de aquí sin haber sufrido cambios y efectos de su irradiación, ésta te alcanza en algún instante. Te toma y te enseña a ver con los ojos y con el corazón. Porque lo racional se despierta fuera de los límites de sí mismo. Cada circunstancia y cada acontecimiento tiene un sentido claro y rector. Todo se hace bajo la proyección de lo conocido y de lo que se debe hacer sin nunca antes haberlo experimentado. Pero siempre la experiencia prima sobre lo otro.

Valparaíso y sus laderas están tan cerca de uno, que ni siquiera sientes su andar ni su susurrar.

Sabemos que luego de subir una empinada vereda, nos encontramos con distintos descansos, al parecer para retomar aire y contemplar el contorno/entorno de la calle y sus casas de contrastados colores. Tan distinto al cielo y lejano del mar. Ni celestes, ni verdes. Sino rasgos rojos y morados de ensueño de empeño y amistad.

Calles cruzadas, verticales, semicirculares, profundas y arrampicadas. Que se inician, conducen y terminan, quizás allí donde no se piensa. En el fondo de la ilusión de un paseante que trató de salir, pero que se ha quedado admirado/retenido por su asombro real y ausente. Cosa no rara en la disyuntiva diaria de salir o no salir, caminar o no caminar, ir en ascensor o simplemente bajar de a poco y de escalón en escalón, que así vamos juntando miles de escalones con el tiempo, los días y más.

Cuando más lejos estás de Valparaíso, menor recuerdo de las dificultades y sí ignoro las fatigas y pesares de aquellos encuentros difíciles e inesperados, con personas o fantasmas vivos e irreales, que he tratado de olvidar a cada instante en mi trayecto de subir y subir cerros, calles y veredas.

Que podemos señalar entonces, cuando lo que digamos será arrebatado por el viento, como testigo y juez de nuestro desconocimiento, de lo que hemos hablado. De Historia, por favor, ni siquiera hemos comenzado, existen miles y miles más de ellas, de noticias, hechos, sucesos, acontecimientos y ésta que ya no podremos saber, ni siquiera imaginar.

Sólo para matizar, miles de recuerdos, anécdotas nominaciones, cuentos, ofrendas, hechos, situaciones, fábulas y más, se las han llevado nuestros antepasados cercanos y muchas más los más lejanos, los más antiguos, aquellos que se sentaban en esos escarpados cerros a mirar el horizonte, y que ni siquiera vivían cerca de la costa.

O sea, la Historia la estamos tratando de iniciar, comenzar. Sí existen antecedentes, elementos originarios, explicaciones parciales. La Historia la han hecho cada uno de los hombres y mujeres y grupos sociales que han creado su

indómito pasado. Testigos, testimonios y testamento del pasado, que se nos acerca a veces en ciertas partes... o puntos de convergencia para poder iniciar desde allí, una apertura en el conocimiento y acercamiento de la realidad. O sea, de una realidad que confiesa como se puede llegar a saber más y hacer alusión a su probable cercanía. Lo que no significa desmerecer lo hecho y actuado por otros protagonistas, que han impulsado, impuesto e insinuado acercamientos, facetas, cronogramas, marcos, corrientes y más del devenir y pasar de Valparaíso.

Sin embargo, a pesar de lo anterior, que debería cada vez que enfrentamos el tema, desanimarnos y contraernos, nos inunda y nos proporciona ánimo, impulso y vida para seguir adentrándonos en esta importante e interesante realidad, que nos desconcierta a cada paso, pero que a su vez nos da nuevos y renovados elementos para encarar, enfrentar y retar a Valparaíso y sus cerros, escalones, hombres, calles, paseos, descansos, origen y todos los desafíos que esta nos imponga.

Mientras amanecía desde uno de los tantos miradores que hemos visitado y compartido, veíamos de espalda al Pacífico, como los cerros iban despertando uno a uno al ritmo de la luz solar, mientras por efecto en cadena, lo artificial da paso a los rayos solares. No existe sorpresa ni juego al respecto, todo es predecible desde que se conoce. A pesar de que «cronos» insiste que manejemos con protección. Sin embargo, nuestra amistad con los elementos es muy cordial y llena de esperanzas, que son tan hermosas cuando se liman y vuelven a sonreír.

El mar azul, es receptor natural del oscuro casi negro que está a veces en las calles de los cerros. Oscuro sin fin, a donde uno se sumerge y no sabe-si no conoce-si va a salir en algún momento. Pero sin previo aviso, allí se hace la luz y la magnificencia reaparece en todo su encanto y goce.

Siluetas de todo tipo alargadas, angostas, estrechas, finas, gruesas, redondas, triangulas, son algunas de las formas de los cerros porteños.

Ambicioso, es decir, que el cerro –aquel o ese es el más «hermoso»- donde vamos a encontrar quizás al resto de éstos, igual, familiar, acogedor y bello. Sí, pero los hijos que no han pasado la mayoría de su tiempo en el «cerro familiar» se desconciertan, porque no en vano se han producido cambios, a veces profundos,

como son las numerosas construcciones que han estallado, brotado y a lo mejor el cerro tan añorado y soñado por ese transportado, transferido y/o trasplantado – deportado, exiliado...- no es el mismo en su primera re-nueva impresión. Pero lentamente van a ir apareciendo amistades de la otrora vida de los cerros. Días y noches de bohemia compartida con los amigos, amigas, mujeres y hombres, hijos e hijas, hasta padres y madres. Se pasan por la mente con el solo hecho de ver esa imagen, una secuencia, un hecho. Así la memoria actúa rápidamente y se acomoda a la vivencia actual. Dinámica, excéntrica, ambiciosa, «chora» y muchas veces desconocida. Añoranzas que no van a volver, amistades cambiantes, familias que te dan la espalda, recompensa por no haber enfrentado aquí y en ese tiempo la realidad o el futuro de los líderes de ese entonces.

Pero no podemos quedarnos en proposiciones, vagas, vacías y sin sentido. A pesar de los cambios que han vivido muchos –la esencia es parecida-. La rutina se acerca a algo celestial. Se mira, se ve, pero no es propiamente nuestra. Claro está que en los cerros porteños tienen mejoría, una de tipo de «DJ», alterada con los ritmos de moda, otro con el circo y sus animales feroces y escasos, otro con la pasividad de las ancianas y ancianos.

Otra memoria enfrentada es la de las niñas y niños, permanentes equilibristas de sus cuerpos para poder jugar en calles empinadas hacia arriba y con la contra hacia abajo, de las tantas veredas y calles y cunetas, reales actores de su ludismo. Sin embargo, los «delfines», benjamines, saben subir y bajar con una gracia propia y despierta, concedida por su propia edad manifiesta. Este recuerdo te hará salir del alma la hermosísima vida que has llevado y conseguido desde Tu cerro, en conquista de su mundo dinámico, empresarial, festivo, carnavalero y vergonzoso.

Cerro, cerro que placer y enojo produce a la vista. Todos los que los aprecian, dejan sus comentarios y los llevan fuera de los límites naturales. Comentando e intercambiando opiniones y sentimientos.

La cercanía en lo alto nos proporciona la pureza natural de lo sublime, que se toca con la piel, pero sin la intención y la voluntad real del qué hacer y donde. Lo mejor y lo peor a veces se entremezclan, dejando pasar lo regular, lo neutro, lo insípido. No falta porqué preocuparse. Sin más y más aparece de nuevo el transporte

más peculiar y simple. Peatonales que no sirven o ni siquiera han sido planeadas, diseñadas, pero que por la fuerza de la insistencia –vía, transitar, andar, correr–, del paso constante, permanente, rítmico, han ido dejando huellas, indicios, pistas, profundas, parejas con las distintas capas de residuos, éstos a veces de colores diversos, propios de los materiales rocosos y sedimentarios. Claro que las huellas han servido, asisten, benefician y se acostumbran a ser transitadas día a día. Nadie se explica desde cuándo, cómo y quién la ideó y/o pensó, pero auxilian y asisten centenariamente, su sino es efectivo, propio y valedero.

Rastros, pistas, senderos, desfiladeros, caminitos, son de mérito intrínseco a cada calle, cerro y barrio porteño. Cada una de ellas han evacuado, sacado y consumido a miles por mil de habitantes, sin alterarse ni perturbarse. Son mudos testigos de la hazaña, proeza, de la épica aventura diaria del ir y venir, salir y llegar, entrar, pasar. Todo se transa, expone, admite desde estas vías; las amistades, los recados, las copuchas, las noticias, los infundios, las confesiones, las fatalidades, los nacimientos, los exilios, las muertes y los amores.

En fin, nuevas, añejas, recientes, las huellas allí están, testigos de las múltiples ráfagas del acontecer humano popular pedestre.

¿Cuántas anécdotas se podrían contar si acaso conociéramos parte de esta historia individual, microfísica, alterada sólo por el deseo de llegar al destino no manifiesto? Aquel hecho que se sabe pero que tratamos de evitar toda la vida por distintas o creencias.

Cerros de Valparaíso, han dado un ribete lleno de perspectivas nuevas y sin razón de ser, aunque sean principales actores.

Enojos, desfases y caretas nos muestran desde el plano hacia lo alto, pero breve resplandeciente con valores complacidos y feroces.

¿Qué alturas tienes? ¿Cómo medirte? ¿Es importante o significativo hacerlo? Todo es inmenso, elevado e inalcanzable, sólo queda allí. El intento no pasa más allá. No se trata de salvar o guardar su apariencia –que no le queda- sino de buscarla en su interior. En el laberinto de su historia, larga, extendida e inexplorada, aunque se hable, escriba, cante, narre, comente, discuta y más, sabemos lo que sabemos, y

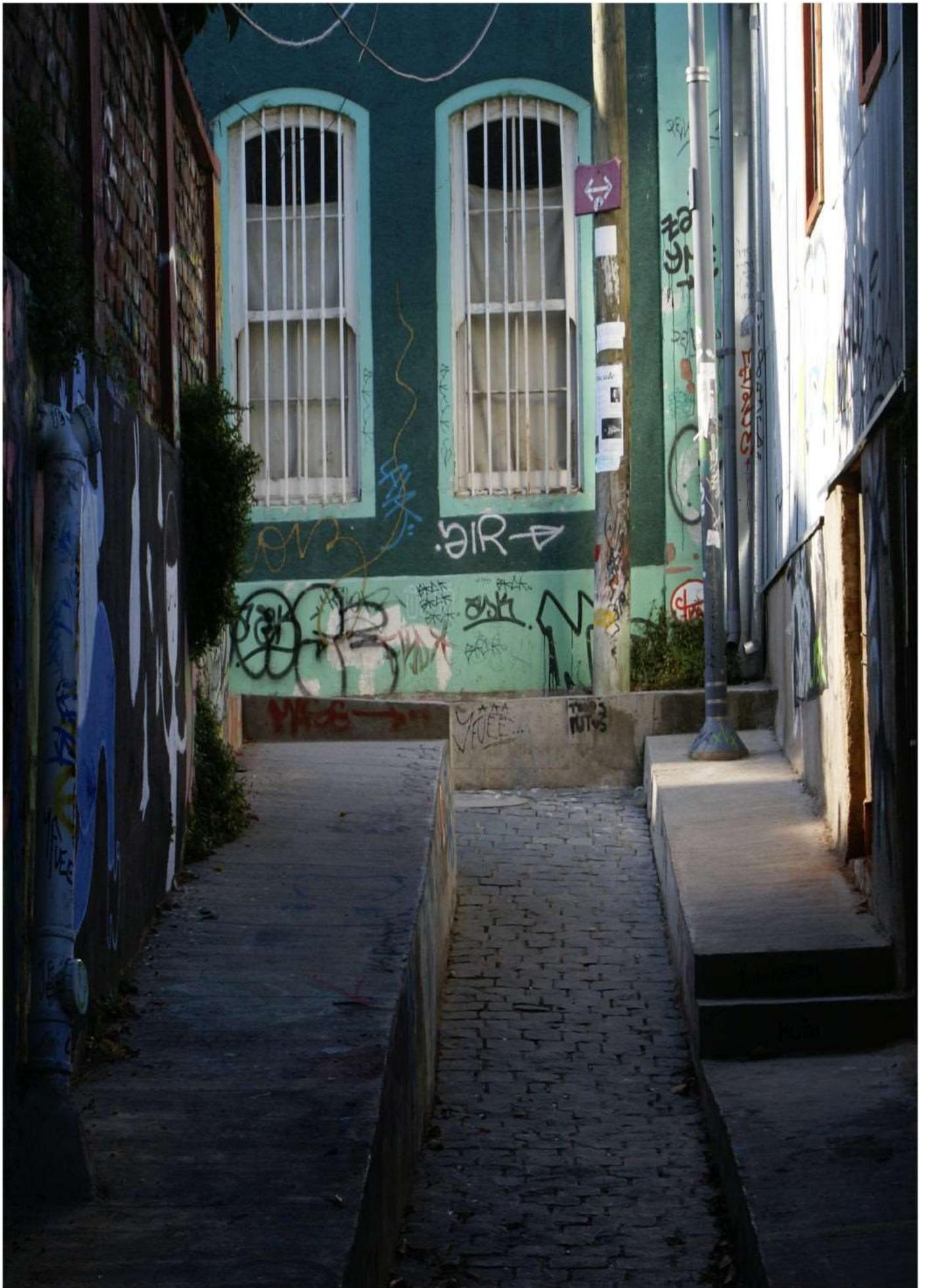
esto es muy poco, demasiado estrecho y limitado para la trascendencia que nos proyecta, influye e inspira -¡qué!- eso, los lamentos y el desconocimiento. La bravura y la sabiduría, pero aún más el letargo y la indiferencia consiente de no ver-lo.

Pero para qué, si la manifestación pasa y se para frente a ellos más que a nosotros, que sólo alcanzamos a sentir su vaho matinal, luego del rocío mañanero, frío, fresco, pero descontaminado de la noche y de uso en el pleno día.

La tensión aumenta, el esfuerzo se hace presente, la vida renace, el niño canta, la madre anhela y el resto se queda mirando la caída penetrante de la cumbreabierta y roma. Por fortuna el agua no deja de parar y pasar por sus laderas. -ya modificadas por la fuerza del agua y por sus caprichos, que son bastantes - caprichos dijo, sí, desde hace mucho, lejos han sido los mejores y mayores, han ido evolucionando cada vez más y por distintas partes sin aviso ni premura, sin orden ni atención. Claro que es lo mejor así. Para que no se perpetúe en su involuntad perenne y pasajera. Concreta y velada. Sólo con saber y conocer su pasado quedamos atados a su imagen. Próspera, fecunda, dadivosa. Lejos la mejor de todas. Nada se compara ni se presume allí. Algo se dispara y dispone en el alto vértice de su inmolada base del mirador vertical. Observar, mirar, ver el resplandor de su imagen, que es observada por casi todos aquellos ínfimos objetos que ha expulsado de su confín. Nada le apremia ni menos le asusta, que su sombra negra en el fondo de las luces de neón, porque se ve reflejada igual que su espejo interior, su alma le condice su pasado y allí comienza de nuevo.

De nuevo con su soñar casi real, precedero y concreto. Tan cercano que presiente el beneficio de su tranquilidad. Renuente a la cristalización de su interior, hace fluir constantemente su fervor candente proveniente del magma profundo, indicado bajo de sí mismo, cual fragelo incandescente que espera el momento para partir, vomitar la virulenta y encendida armonía secreta. Nada lo va a mover más que su condición y su analogía.

Resulta ser poseedora de miles de recursos secretos y de secretos no sabidos, ni siquiera por quienes los han depositado. Eso, que quiere decir olvidar, olvidado, ni olvido. Sólo quiere decir, sapienza con memoria ancestral de un pasado, que se va fortaleciendo y enriqueciendo día y hora cada vez más.



Hemos escrito desde el mirador de la conciencia, de la memoria, no más uno de esos habituales «guerreros» de cada uno de los cerros porteños. Tal vez nuestra experiencia sea más bien desde el «academicismo» – como fue en parte el arte de los siglos XIX y XX, o de los teóricos; si es cierto en parte lo anterior, sin embargo, a pesar de reconocer tal condición, hemos experimentado muchas de las sensaciones que hemos expresado, a veces reconociéndolos, subiéndolos, andándolos, corriéndolos, perdiéndonos y distintos o otros estados y situaciones. Hemos, empero convivido en los distintos cerros – no todos ni tan pocos- en diferentes situaciones y estados de ánimo: solo, acompañado, triste, contento, preocupado, ansioso, asustado, temeroso, enrabiado, enojado, llorando, riendo, comiendo, fumando, bebiendo, arrancando, maldiciendo, jugando, cantando desafinado, gritando, alucinando, acariciando, amando y todas aquellas otras situaciones que se viven en cada uno de los múltiples desplazamientos que hemos realizado.

Pero la experiencia es cada vez mayor, diferente, atesorante y sin par e igual. La riqueza – que no es la única, ni la última, ni la mejor- se centra en la relación/ experiencia. Esta unión se fortalece cada vez que reconocemos y recorremos un cerro y sus escalas –subidas, gradientes, descansos...-ya sea para re-conocerlo, compartirlo – con quienes no lo conocen-, ya sea para redescubrirlo, admirarlo y más, durante el paso del día a otro día. Porque, aunque se diga que no cambia, sí cambian, y el desafío es aún mayor, porque aunque no lo creamos, esos cambios van modificando y alterando la percepción que se tiene de ellos, en el diario vivir, que es casi imperceptible, pero es así. Decir entonces que no cambian, es no conocer o, mejor dicho, desoír –no reconocer- la realidad.

Si bien cambia, se modifica y altera, éste tiende a permanecer igual a los ojos de quienes quieren verlo así. Son análogos a quienes han «inventado» esa idea. No quieren hacerse cargo de la realidad y de esa pobre verdad.

Si bien podemos defender la idea del no cambio, que en parte es casi lo cierto, y aunque no se quiera aceptar, es que los cambios están a la vista, son reales. Lo efectivo, lo real y verdadero es que los cerros y sus agregadas escalas no han cambiado, lo que ha sucedido, es que los han tapado, los han cubierto, modificado, recubierto de numerosas y disímiles construcciones-muchas de ellas de escasa belleza

y necesidad- además de innumerables calles, puentes, muros, escalas, propagandas, postes, rieles, adoquines, faroles, pozos, canales, veredas, zanjas, cunetas y más y más «cosas», «elementos» y otros que desde antiguo han ido modificando su rostro, tal vez, su fisonomía, pero su esencia está allí, debajo de todo, aplastada por las «creaciones humanas», disfrazada de colores, envuelta de cemento, asfalto, yeso y todo tipo de materiales. Colgándoles múltiples y variados alambres, cuerdas y lienzos. Y otras, de sonidos agudos, roncós, melódicos, innecesarios, perturbadores, angelicales que transitan, caminan, deambulan, corren, pasean. Con movimientos permanentes, incansables de los ascensores, buses, micros, autos, trolleybus, motos, camiones, con sonidos y ruidos de todo tipo, origen y características y procedencia, a veces y con pesar, alarmas de bomberos, policías, gendarmes, pompas fúnebres. Y las voces se multiplican por todas partes y lados, niños jugando, madres conversando, vendedores ambulantes, profesores formando-enseñando, comerciantes negociando, «truchos», engañando, charlatanes «engrupiendo».

Sí y mucho más, son los cerros dinámicos, vivos, al igual que todos los seres que los habitan. Viven, conviven, sienten, presienten y se resienten. Sí es verdad, la resistencia está allí, es real y clara. Pero no existe quien gane o pierda. Todos lo presienten y sienten. Si bien se escapan, lo retoman y toman cada vez y otra y otra. Los cerros se rehacen y reanudan cada vez, pase lo que pase. Esto no va a cambiar, aunque lo digamos, creamos y palpemos. Pero es mejor seguir haciéndolo, porque ya en este tiempo ha continuado su andar, pasar y pasar.

Extraña sensación aquí cuando la madrugada ya llegó y se quedan muy pocos, porque te das cuenta que es sólo un abrir de ojos y ya el día se hace claro y la luz lo cubre todo. Pero esto no es el asunto, lo que sí es, es el por qué te mantienes despierto a pesar de que se recomienda dormir y así duermes. ¿Y para qué? No lo sé, pero la costumbre es más fuerte que el pensar y lo hacemos. Pero me rebelo a lo de siempre y al que debería o tienes que hacerlo. Aunque pasen los años, seas «grande», por lo general te dicen algo que «debieras hacer» porque es lo normal que te deben decir. Lo creas o no lo sienten. Pero la situación lo amerita a lo más para escucharlo sin sentir el eco de la orden, que está implícita en tu bienestar. Las voces se escuchan y se deben oír así bien y por eso debes sentir el balbuceo de los labios, de todos los

que te quieren, hablan hoy día y en todos los días del pasar andando y viendo cómo hacen señas para que te acerques y oigas a todos los llamados de los parladores de sus conciencias, es así que dan rienda suelta a sus deseos, lejos de sí mismos, y lo proyectan al otro lado de la vereda de sus conciencias abiertas hacia fuera, pero clausuradas hacia sí mismos. Sí, es así como se genera el proceso de la acción de mandar-te-a-hacer lo que tú deberías. Me opongo dentro de la relación oír-escuchar, creo que oigo pero no los voy a escuchar, aunque se sientan las ondas y los aires cargados de vibraciones, algunas cercanas, otras distantes y demasiadas aprisionantes de carga iónica sedante de un manto eólico blanco pero espeso y salado, tanto que es áspero y cepilla tu piel como el sol que ha traspasado-pacíficamente- el ozono olvidado por la responsabilidad del mandante, del dominante, del destructor o sea ¿todos?

Sí, pero, con intenciones diversas, distintas, e incompletas. ¿o sea quieres disculparte? Me quedo perplejo a esta pregunta, porque la razón está allí. No dudaré en señalar que a cada cual la culpa es asumida como lo que le corresponde. Ves, no lo haces respondiendo como se esperaba, y queda claro en muchos de los casos, te asemejas a otros del sector que van en tránsito normal del transitar, o sea ve en la dirección, sea cual sea, pero va hacia allá y avanza como tiene que ser -¡¡Qué correcto¡¡ ¡¡Qué normal¡¡, es un ejemplo- ¿Qué pregunta es ésta? Si se resolviera sólo con ir y venir, todos sabríamos aquello del ser.

No es así, como se puede ser mayor y cercano a la claridad del sentido latente de lo pretendido en todo lo escrito antes de lo propuesto por lo pasado.

Claro que no es, si no se sabe más de lo visto, no podemos clarificar lo cierto del andar seguro y recto, pretendiendo en cada ocasión, aunque se rompa la posibilidad que en algún instante podamos doblar o retorcer, hacia lo más cercano del final que se llega igualmente, aunque tengamos que pasar por distintas dificultades o zig-zag.

Claro, aunque sigas como si nada, debemos confesar que estamos en otro lugar, lejos de los sucesos cotidianos que todos viven a cada instante y que muchas veces se ignoran en el espacio nuestro de mi mente, que no es el olvido, sino que se queda allí y que al momento menos solicitado sale y hace estar de nuevo reconciliado

con lo que creías olvidado, pero allí esta tarde –como ahora- tal vez, pero presente al fin, como cuando lo dijiste, pensaste, anotaste, o te preocupaste de memorizaste y que, por eso, sale de nuevo.

La cuestión se debe enfrentar lo más pronto posible, porque en el pasar, le agrietan los hechos y se profundizan como abismos hondos y sin final. Lo mejor es romper lo más pronto la lejanía y re-mirar lo más luego a tu costado, no importando el lado, sí importando el mirar, fijarlo y dibujarlo para que no se pierda en ese tan complejo horizonte de conexiones, respiros, bostezos y sudaciones que debes padecer para alcanzar lo más cercano, sin disminuir tu capacidad de sorprenderte, por lo que no has querido ver, lo más lejano del profundo valle iniciador del aire danzante que te invita a galopar por las estelas del horizonte más cercano que se puede imaginar, tocable y palpable, no sólo por tu cuerpo sino por tu sombra cargada de desasosiego y desapego a los efectos luminosos eléctricos que nos circundan por todas partes, en el barrido del patio celestial que está lleno de polvo cósmico transparente con fondo parejo e impropio para la vista de los espíritus impíos y seguros de andar sin pensar en cada espacio intermedio de los andamios feroces allí enclavados entre las bajadas de tu escala mental.

Bordeas mejor que andar de frente cuando te enfrentas a los vientos, gustosos de sal marina, yodo y escamas. Este te empuja hacia varios lados, pero te pone atento y listo para apurar tu paso y sólo pensar que debes andar y subir, más, luego antes de centrar cada escalón, que se llena de resbaladizos jaboncillos de lodo, arcilloso café rojizo y frío. Te bañas más veces de lluvia que, cuando lo intentas en el verano, cerca del grifo abierto y popular, que refresca a los niños mayores y mujeres en blusas celeste y rosadas en busca de otras aventuras, lejos del ardiente calor, en la planicie pavimentada de los cerros altos del puerto prometido.

No sólo se ve, sino que también se siente el lugar donde nos encontramos. Haber visto y vivido algún lugar es para algunos, algo así como descubrir lo nuevo de cada acontecimiento, pero nada es igual a la primera mirada de lo visto.

La razón de usar lo anterior para señalar que cada escala nos sirve para llegar más allá de la llegada, es sólo un arreglo a la palabra entregar.

Entregar aquello, hemos y ha ido a buscar es su continuo ir y bajar y subir por los eternos escalones.

Si se buscan y procuran encontrar líneas de apoyo entre las curvas estiradas del enlace de cada descanso de las escalas. Tal vez las nuevas visiones de aquellos nuevos transeúntes nos darán nuevamente respuestas anheladas por nadie, que pueda experimentar como tal la necesidad del subir y bajar y cuando se puede se baja. Porque mayoritariamente, la acción de ir y venir por los escalones, el resultado que se logra es altamente e invaluablemente la llegada. Llegada que se refleja en el esfuerzo cotidiano de subir y bajar, aunque se está bajando. Pero el esfuerzo es hacia arriba. Elemento básico en la búsqueda de lo más necesitado, su mundo, tu mundo, mi mundo, el nuestro y el de ellos. Hogar, lar, casa, cobija, refugio, añoranza, descanso, consuelo, fin del día, olvido del resto, nido, placer, goce, pena, encuentro, diversión, y que más, tu realidad, que a veces está marcado por la pequeña diferencia que existe entre la entrada y la salida de tu mundo.

Salas y normalmente debes sortear, bajar un par de escalones, que son de todas las formas y materiales, desde madera, cemento, baldosas, tierra, piedras y cuanto material se conoce, pero eso sí es importante, no es definitivo; lo significativo, será lo que marca fundamentalmente la diferencia entre la entrada y salida, llegar o salir, dos acciones de un mismo acontecimiento. Porque si sales dejas tu mundo atrás de ti y te enfrentas a la vida que se va encaminando por las escalas y el aproximarse violentamente a la urbe, con su ritmo acelerado, pero marcando con su paciencia, lo que tú, yo y ellos deben hacer. No es fácil romper esa dinámica, aunque al bajar de los escalones, hemos llegado con velocidades diferentes, a veces alteradas por el escaso tiempo que tenemos, a razón que nos hemos tardado en salir del hogar, atrapados, muchos y siempre inconscientes de la vida fuera del mundo casero. Ese contraste, de alguna manera es anunciado por los descensos presurosos impuestos rutinariamente en los escalones, diversos, asimétricos y constantes en la disparidad, sobre todo cuando nos encontramos con poca luz y nuestra sombra lo tapa todo y muchas veces es nuestra compañía, que tiende a sobrepasarnos, debido a que bajamos lento por la escasa visibilidad, que, sin embargo, la sombra que proyectamos, no le importa alargarse y ser más rápida que su mismo origen.

Pero luego en este bajar, aparece radiante la luz, la claridad y nuestra sombra toma su lugar y vuelve a pegarse en su origen, aceptando lo que debe ser y no lo que quisiera hacer.

Complejidad es aquello que logra cada día, cuando llegas a realizar lo que la rutina te impone. Lejos están los anhelos, los deseos, la codicia y el bienestar. Lo cierto es que mientras transcurre tu descenso –ascenso–, por las diferentes escalas, tu vida se pasa como una sucesión de láminas animadas de imágenes a veces placenteras, radiantes, o quizás con otro ánimo, más desoladoras, extrañas, no deseadas, y que te van a producir intranquilidad. Claro está que, si bien se suceden demasiados acontecimientos en tus trayectos, el caudal de detalles, pensamientos, ideas, síntesis y más, es igualmente fecundo, lo que hace más valiosa la presencia, permanencia, quietud, de las inmensas pendientes de todo tipo de escalones, escalas. Te vemos y muchas veces no pensamos nada, pero en este no pensar está la cuestión. Si piensas en no olvidar que, bajando, bajando te aproximas al o a los lugares de tus encuentros diarios, de tus acciones, de tus actos, de tus actividades y también de que luego de cumplir con la rutina impuesta, voluntaria, y/o obligada, se retoma la escala hacia lo tuyo.

Cuantas veces nos hemos detenido a mirar lo que hemos visto otras veces, pero nos detenemos y miramos de nuevo. ¿Qué encontramos? Muchas cosas, a veces vemos lo que permanentemente habíamos visto, pero sin ver, o sea no nos habíamos detenido a contemplar el ver y reconocer que los gradientes, los descansos e incluso las barandas no invitan a apreciar lo que tenemos al lado de nuestra vista curva.

¿Qué tenemos? Lo que hemos visto y vivido en muchos momentos de nuestra rutinaria acción de subir y bajar.

Pero cada instante, cada momento no es igual al posterior y menos al que ya pasó y que no supimos verlo, porque creímos que ya lo habíamos visto y acordamos que no era el momento de atesorarlo, en la memoria, en la mente, en mi rutina, que, a pesar de ser así, nos va a acompañar en cada instante que avanzamos por la vida. Esta vida distinta de todos y de cada uno, pero que es igual a todos, porque es unidimensional, va hacia el horizonte, porque en definitiva está allí, pero no lo

conocemos. Sin embargo, los escalones y las escalas tienen y cuentan con más de una dirección. Hacia arriba, abajo, al lado, descanso, asiento, velocidad, descenso, tropiezo, o sea más amplia y con mayor respuesta que lo escondido y dificultosa que resulta en muchos pasajes la existencia individual del personaje, del actor, del sonámbulo. Todos aquellos que sin razón circulan de modo perimetral las distintas e interesantes escalas y escalones de los intrincados y enquebrados cerros del Valle del Paraíso.

La luz aparece, el sol se esconde, se entran las nubes, rompen del silencio los truenos, no llegan los relámpagos, se oscurece el mar, la ciudad se enciende, corren los niños, los animales se alteran, crecen los cementerios, se llenan por muy poco tiempo las distintas subidas repletas de escalones y escalas. Todo fluye con normalidad señala un vendedor de empanadas. El día, la noche y las interferencias del medio de lo anterior anuncian que de nuevo se va a producir el milagro del renacer para ir y venir, bajar y subir, llegar y entrar. La dinámica se enciende, el ajetreo que no había terminado, sigue su constante.

Todo, o casi nada es lo mismo, lo que ha llegado ya entró en su dinámica, la base de toda inactividad, prevista en los días anteriores, que nuevamente fluyen como el agua que periódicamente desciende por las quebradas, cañerías, canales y llega al mar, pero siempre vuelve a llegar al océano, circulante con una dinámica rítmica, que muchas no tienen, pero que allí está. Permanente, continua, confianza que permite pensar, además, que el ir y subir de los escalones es también por último, redondo, negro, blanco, semi o mitad de los anteriores. No existe complejidad en decirlo, pero sí en sentirlo. El fluir es lo que le da sentido a la dinámica del día a día, de la noche noche.

Hemos visto pero todavía estamos viviendo cada rincón de los cerros y sus escalones, espaciados no siempre con hechura simple y natural.

Abundantes cambios han sufrido, desde los primeros de tierra con roca, o roca golpeada con picotas de acero, hasta el cemento «armado» que debería de ser el definitivo.

Sin embargo, los de piedra dura, y los de forma de rectángulo y paralelepípedo, si bien se mantienen y conservan, sí, están gastados pero acabados. Combaten el

paso del tiempo, resisten las inclemencias del tránsito interminable de personas, gentes, habitantes, animales, corrientes de agua, termoclastías y las más diversidades de efectos propios de la intemperie cíclica y perenne, que ya no nos acordamos y que lejos está de nuestro recuerdo. Claro está, pero la realidad se nota en cada esquina, ya sean planas o rectas, altas, bajas, curvas y a veces mezcladas las formas rectas y curvas y otras. Todo te da una nueva fisonomía, más amplia y profunda, sin siquiera pensarlo.

Valparaíso, el día que está lloviendo, es distinto a cualquier otro, aunque hemos visto, muchos, pero cada uno nuevo trae la diversidad, o simplemente se muestra otra cara, la de la naturaleza viva, limpia, lavada. Interior con su presencia escogida grácil y humeante. Le acompañan sus entornos, sus paisajes y sus cerros, cerros estilando, escurridos y anegados –complicado- por el agua escurridiza, violenta y sumisa. Cerros glamorosos de gris plateado, que parecen espejos, donde podemos apreciar el alma de su origen y acentuar su rechazo a la perpetuidad de los líquidos, que caen día a día, pero en un día lluvioso se supermultiplica. Cada acceso se transforma en un torbellino, resbaladizo, rápido; que habilidad para sortearno sólo la pendiente, el declive, sino los resbaladizo del mismo. Dulce y placenteravictoria de la pendiente, que aspira a que nadie las aborde, pero el que llega, sabea lo que se expone y arriesga.

Como no hemos de saber que la lluvia transforma todo, su paso violento y agresivo, detiene hasta al más audaz y arriesgado. Valor de aquel que se somete a la indisciplina y desobediencia de las pendientes mojadas, húmedas y con vaho. No existe reemplazo, ni condición para apreciar la premura de la vertiente, flujo y rebrote. El cerro no condiciona a ninguno ni a nadie, sino que todos saben que vivir allí está sometido a la diversidad permanente, instante a instante, porque los cambios y las sorpresas son e instantes de cada segundo.

¿Qué haces cuando los sentimientos no están focalizados hoy, en ningún lugar en especial y menos seguros de si están o no van estar presente al momento de necesitarlo? Pregunta extensa y lógica, si se trata de algo impropio e impersonal.

Sucede lo mismo o mejor dicho, sucede algo parecido cuando muchos aspiran a tan poco.

Todo es fácil, notorio y carente. Al igual que las imágenes del buen pastor, sin sus ovejas, perdidas en las quebradas, altas, mareadoras y llenas de ecos vacíos que apenas retumban en voz baja.

La escala que sube, sube hasta llegar al término y que ya no se sube, si sigue subiendo o ha comenzado a quedarse en su realce hacia el vacío. Este último está lleno de olores, aromas, colores, visiones y restos fósiles, que algún día estuvieron rellenos de carne viva, al igual que todos ellos. Pero la playa estaba llena de conchillas, al igual que el cielo de la casa más alta, aquella que mucho tiempo ha tenido de procesión, ha quedado resagada, porque el cura párroco es el más veterano de toda la fila –inmensa, ancha y de varias noches de largo- que parece una cuncuna gigante llena de adornos y collares. A pesar de no ser hoy día, ni feriado, ni sábado, ni domingo, ni día bisiesto, las actividades se llevan a cabo de igual modo. Con gran efervescencia y vigor. Actividad lúdica de efectivo clamor y fervor ritual-popular. ¿Quién no adora su iglesia, templo, cruz, misa? Nosotros sí, ellos también, pero no se sabe el resto de los pocos de allá y acá. Claro, las diferencias se notan en los cerros al momento de conversar de Dios, sí o no o talvez, de otros temas, económicos, sociales, políticos... ¿Qué? ¿Porqué me castiga a mí? Pero si es una reacción básica y normal?!

Aquí esta acción no implica necesariamente, datos, figuración, vanidad y el resto no se sabe, pero si sabemos cómo se siente aquí y no de la parte de debajo de las escaleras.

Tres meses de festividades hemos pasado en algún lugar ameno y complaciente de los cerros porteños. El mentir es el cuento más recurrente de los peregrinos y caminantes. Todos actúan de buenos y fervorosos, sanos y efusivos. El clamor de la festividad les alza el espíritu y los pone por sobre las terrazas de los miradores, que se han conectado a través de las escalas a la ciudad, a la plaza, al ambiente febril de los cortejos sanos de los días venideros. Clamor, calor y olores. Salir, subir y saltar, por cada recoveco de la ladera escalada de la tierra, dura como el cemento de tanto tránsito, y cruzamiento, ininterrumpido, permanente de todo el tiempo. Ni siquiera lo hablamos de día o de noche, porque no se percibe esta visión.

No hay tiempo para aclarar cuando. Sólo se pasa, y se vuelve a grabar y allí está. La vertical y luego la horizontal, nuevamente la vertical y luego la horizontal. Una detrás de otra, así con ritmo y exactitud.

Mantenida con precisa elaboración y firmeza en el tiempo. Cada vez que pasa se mantiene y se recupera nuevamente. Pero no se altera. Se mantiene firme – mayoritariamente son de estructura sólida- sólo se desgastan, corroen o adelgazan, pero mantienen su fisonomía, forma y estilo.

Cada día que pasa nos encontramos más cerca de hacer, más cosas, menos significativas. Nos ponemos más aprehensivos, más molestos y en muchos casos simples y recatados.

Lo mejor de avanzar es ir temiendo cada vez menos al final. Aquel que no sabemos, ni siquiera lo imaginamos.

Llegará, quizás luego o más tarde, pero creo y creemos, que sin aviso ni menos tocando el timbre.

Repasamos entonces, el por qué hemos logrado tener un situar en nuestro contorno, debemos pensar ahora, en terminar y abandonarlo todo, y sin nuestra voluntad.

Prevedo, que a pesar de no estar ligado fuertemente –ahora- a mi vida, llegada la hora, me asaltarán todos los temores que ahora, como un sordo que oye, hace caso omiso a su corazón y menos obedece a su conciencia.

Claro está que el convencimiento propio y reiterado por mí –contra mí- se hace reiterativo y tiene cierta- en el tiempo influencia y va a ejercer un peso específico en mi estado de ánimo y el cómo enfrentaré aquellos momentos.

Sólo a partir de los sinsabores propios de la inexperiencia, se aprende a luchar contra tu persona y salva la conciencia del dominio absoluto de la irracionalidad y del iracundo complejo de inferioridad.

Lógicamente -si existen- los tópicos alcanzados por la razón deberían imponerse, por sobre aquellos de la sinrazón-. Sin embargo, permanentemente, cada paso es arítmico y deja constantemente en menoscabo a la ilusión, que en vez

de ser alcanzada se aleja y se apaga.

A lo mejor hemos pensado en sentido negativo hasta el momento, pero si es así, debemos recordar la existencia de ambos sentimientos en nuestra mente, lo malo y lo bueno. Enseñado desde que tenemos uso de la razón, y tratado de aceptar en edad adulta. Pero, que finalmente no logra convencernos plenamente, porque no son los únicos.

Complejo, difícil y además ideal, resulta el convencimiento generalizado de aceptar que la vida es un proceso, una evolución, un transitar, un andar, un dialogar, todas las formas que traen implícitamente conceptos teóricos, ideales, filosofía y otras cuantos más, en si mismo. Pero vivimos y convivimos en este permanente hacer y des-hacer de los conceptos. Los aceptemos, los modelamos, y también los rechazamos, tendiendo mantos de duda, añoranzas y anhelos.

Decir seguridad frente a estos temas, implica ciertas posiciones que son complejas y a veces chocan con la verdad y la exactitud.

Cada uno de nosotros cree tener, o haber llegado, en ciertos momentos de su existencia, al momento de saber lo que pasa, que es distinto a saber, lo que se siente o se ve. Este pasar, se basa principalmente en la experiencia, complejidad, sumatoria, de horas, días, meses, y años, del ir y venir de nuestra rutina diaria. Agregando, además, información, datos, conocimiento y que nos permite –con muchas dudas- llegar a pensar que sabemos más de lo que creemos. Sin embargo, existen barreras que no podemos alcanzar y una de éstas son los resultados, lo improbable de ellos y como finalmente se desencadenaron los hechos, no los nuestros, sino aquellos que nos rodean y que nuevamente nos van a hacer, re-pensar y re-plantear y a re-comenzar a pensar, lo que creíamos ya sabido.

Valparaíso, comienza donde se inicia el viento, con sus tormentas comunes, y sus lamentos de los lobos marinos.

Y termina donde comienza, pero cuando se acaben los vientos y la cruz del quizás sur deje de girar y descanse en paz.

Valparaíso, si claro, pero, que le dejarán a él. Mucho, poco, casi nada. La cuestión es descubrir quienes, eran los que iban a dejar algo de lo que no se sabe mucho, pero que habría cambiado hasta su forma de responder cuando se llena la gente que no respeta las escaleras y los ascensores.

Valparaíso, nuevo lugar de reposo de los incendios.

Valparaíso está donde el terreno lo ha permitido, talvez en un lugar más amable, no sería lo que ha logrado ser en todo este transcurrir eterno.

Valparaíso espera que vengan aquellos que prometieron venir. Pero si no, seguirá creciendo para que en esta extensión se vea de más lejos.

Valparaíso sino, pero no Valparaíso del otro día.

Esto no es el Valparaíso, pero sí es Valparaíso sólo.

Hemos visto y vivido Valparaíso, desde la altura misma, de la base lumbar del horizonte. Se siente mucho más el ruido de las máquinas, con su fluir ronco, rimbombante.

Se parece a los escalones de la vida, se ven, pero no se sienten. Están, pero no se perciben. Lo mismo es igual a lo otro. La parte baja, o el otro lado de la escala. O sea, las escaleras, que si bien las hemos visto, no me sirven en este viaje más largo, aunque lo largo no se ha definido por su distancia, sino sólo, por lo que uno puede sentir, o sea más tiempo del necesario, entre lo alto y lo bajo, o lo curvo y lo directo. Es entonces, entre el punto y la coma.

Ya está bien y ¿Cómo bajo ahora que de tanto hablar me sacaron la escalera? No importa, ésta se abre de nuevo y vuelve a ser funcional de la altura y de los círculos. No temas en decirlo. No me crees que esta –escalera- nos permita pasar más allá de lo concreto, mezcla de pensamiento, sueño y aire. Sólido como nada, vacío como el Universo. Pero de nuevo nos quedamos lejos de la escalera, que, si bien físicamente la conocemos, su función escapa a la necesidad de sólo subir más arriba del alto medio del cerro concreto de mi pensamiento. Absurdo es pedir más a algo que no puede parecer asemejarse a un zig-zag con madera, clavos, hierro y altura. Bueno los elementos están, el diseño se inventa y talvez resulta la nueva escalera en el traspaso de una acequia a otra o de una ventana a una puerta.

Pero por entonces, seguimos pensando, que, aunque crea en trasladarme, pasar o deambular de un lugar a otro, el medio más afortunado y noble, sobre todo en una ladera sentado en una banca, que le falta un tablón y que me permite sentir por muchos segundos el fluir, o casi el sonar de la ciudad, mi medio de llegar más oportuno, claro y real es la escalera. De piedra, cemento, con incrustaciones de metal o quizás horadada, reforzada por tubos de pvc, modernas, útiles y duraderas, pero feos y celestes con letras negras. Observador tal vez, pero ese detalle no se puede dejar de nombrarlo.

Si bien lo anterior no altera en nada lo posterior que se dice, sí habría que nombrarlo, porque de detalles vivimos y somos presos de lo general/colectivo/inmenso y no procuramos centrarnos en lo mínimo, lo único, lo invisible, aquello que siempre pasa y que no alcanzamos a oírlo, a tomarlo o a percibirlo. Pero sin quedarnos sólo en los pormenores, podremos incluso caminar más alto de lo presente, o sea de aquello que está aquí y ahora. Si bien esto no es cuestión de tiempo –al estilo Newton- sí es un problema de captar lo que pasa, cuándo o quizás dónde y tal vez cómo.

Pasa lo mismo con los escalones que en los distintos cerros del puerto que se presentan frente a nuestros ojos y nos desafían a pensar. A subir por ellos como siempre lo han hecho todos. O a subir de forma o modo diferente, como creemos que cada uno de nosotros somos. Esto último vale como una pregunta o es sólo una condición o es sólo una forma de no saber que, hacer cuando nos enfrentamos a una escala, que si bien es –en teoría- igual a todas, tanto bajando como subiendo, pero que sin embargo, cada pasada, cada descenso, ascenso, detención, mirar hacia arriba, de día, de noche, con lluvia, al amanecer, mareado, recién comido, amado, pagado el sueldo, niño, hombre, mujeres, gays, lesbianas, metaleros, negros, frío, ciego, flaco, engañado, izquierdista, hippie, mona lisa, enano, patriotero, fundamentalista, paranoico, bohemio, extranjeros, éticos, ancianos, genios, ovnis, complotadores, taciturnos, chicos, físicos, pseudos-filósofos, observadores, payadores, engreídos, militares, farmacéuticos, drogadictos, aperrados, narcisistas, acomplejados, cancerosos, neonatos, libres, apaciguados, nacionalistas, moribundos, vagos, tacaños, bomberos, jardineros, banqueros, floristas, charlatanes, solitarios,

equivocados, penitentes, trasnochados, parásitos, envejecidos, desubicados, amalgamados, seriales, maltratados, recuperados, estirados, envilecidos, boquiabiertos, templados, sencillos, tímidos, malsanos, enchulados, famélicos, enmarañados, debilitados, malgastados, raídos, enquistados, prejuiciados, falsos, codiciosos, y cuantos más que nos quedan por pasar sin que lo notemos.

Pero en beneficio de lo anterior, vale tanto, no sólo, como aparentemente se vería, lo masculino, sino que a cada uno de ellos se le puede agregar el femenino, y las otras acepciones que poco a poco han sido aceptadas por la sociedad actual.

Con respecto a lo anterior, se remite a que la individualidad frente al paso por una escalera es absolutamente personal, individual y tiene un contacto único entre el componente físico-mecánico corporal y la acción directa de tu intelecto. Osea, si es necesario decirlo, es una acción racional única, que no tiene repetición en la próxima, porque y como sabemos, el tiempo es irrepetible y por ende no vuelva ser lo mismo, a pesar de lo que uno piense, que es el mismo lugar, la misma escalera, la misma hora. Por ende, la misma acción que hemos realizado por mucho tiempo y varias veces.

Claro está que el momento de acometer tal acto, no pensamos más allá de lo anterior y lo emprendemos como la primera vez, porque lo más probable es que estamos pensando en otras cosas, y no nos damos cuenta, que día a día tenemos la posibilidad de recomenzar a pensar en lo que estamos haciendo.

Cada etapa del quehacer es importante a la hora de comenzar y pensar que cada escalón representa una nueva posibilidad en ascender o descender y o descansar, desde la misma posición.

Tal vez como si nada, la ocasión se ha presentado de frente a nosotros sin más, ni más. Que típico ese argumento. Sin variantes, ni aportes, sólo un decir, decir y pensar van unidos casi juntos, pero no son lo mismo. Lo mismo sucede cuando de menos surge algo nuevo que no podemos reconocer, simple, claro, verde, arcoiris.

Lejanía estirada, ancha, pertinaz y sobrante de los terraplenes anchos, de colores hermosos y esfumados.





El día está con grandes vientos, sobre todo del sur, lugar lejano para luchar con él. Si su propósito fuese, dejarlos sin la mitad del aire que se consume para respirar durante algunos días, señala entonces, que respirar no es sólo ese acto que no sentimos, pero que sí, lo apreciamos cuando no lo podemos hacer. Justo debajo, de tuyo por lo general, el empeño de vivir es sólo un empeño más, según quien está en el empeño.

Ahora, si la ley pasa por la aprobación de un sistema parecido al cocimiento de la cerámica negra de aquellos lugares típicos, de los rincones anchos de ese país ¿Será presa de Eolo enojado por su gran envidia por los ventiladores?

Claro está que cada día que pasa, se deja atrás el día que ya no está y que son parte de los cohabitantes del espacio vacío; lo llenarán porque la estrechez es suficiente para lograr invadir los corredores de tu mente dormida, desde ese día es que todos se animan a olvidar, lo muy cercano que ha sido ese punto de partida, cuando salimos y que decir de los escalones en este nuevo reflexionar, ahora que ya nos olvidamos de lo anterior. No recordamos gran cosa, pero sí olvidamos el resto. La similitud entre lo acordado –recordado- y –olvidado-, se asemeja al paso de un niño descalzo y que de pronto se resbala con una rapidez asombrosa, como así también se levanta, llora, rabea y sigue estando de nuevo en peligro de caer.

Momento éste que dicen de él, que puede tener todo aquello de ellos, porque cuando crezca, cada caída es más dura que la anterior.

Caer es una acción a veces voluntaria, involuntaria u obligatoria. Son como los latidos del corazón, sin serlo, pero apretándose y anchándose.

Terminando un día antes de empezar de nuevo, aunque es de esperar que tan nuevo será lo que vamos a escribir desde ahora. Pero no diré lo típico, que lo voy a intentar porque no es así lo que hago ahora que pienso en hacer algo que no debí hacer.

Volver a vivir lo reiterado varias veces, es no saber nada de nada. Creo que es muy difícil escribir cuando estamos distantes y alejados del sentir, y el escribir es demasiado sentir lo que deseas expresar. Por lo cual, cada palabra, frase, oración, te da la motivación necesaria, que se necesita para armar, organizar y acoplar los

pensamientos, los sueños, las ideas e incluso aquello que no alcanzas a expresar, porque no sólo piensas en una cosa, sino que, en muchas ocasiones se te agolpan las ideas y no alcanzas a prenderlas o a atraparlas en su mayoría.

¡Qué razón tienes cuando lo hablado es diferente de lo escrito! La acción de traspasar lo que tienes en tu cabeza al papel, en la mayoría de las veces, se filtra por tus propias experiencias, o porque tu accionar pensante es múltiple, disímil, muy rápido, locuaz y carece de control por parte del pensante. Yo pienso, pero en ese momento las ideas han sido más que el «yo pienso» sino que va más allá de esa sola acción. Si bien no estamos de acuerdo –como debe ser- la situación es interpretada desde distintas ópticas, dependiendo de lo que se intenta, quieres, deseas o simplemente creo decir.

Y ahora, volviendo a Valparaíso, debemos señalar, que a partir de este momento –un día y una fecha precisa en un mes que cada cuatro años tiene un día más- vamos a emprender una nueva aventura –no tan riesgosa, sí novedosa y de real importancia- salgo del puerto, para ir a otro puerto, que se encuentra en el opuesto del punto de vista lineal, y no sólo eso, se encuentra bañado por otro océano y tiene cuantitativamente demasiada más población que el otro cercano.

Es por eso, pero no sólo por eso, que es muy valiosa la experiencia, de ir a ese puerto y vivir con dos hijos míos y con la mente en otra persona, el día a día y la noche de cada uno de esos días.

Claro está que las expectativas son diferentes de unas y de otras. Las mías se van a agolpar por gustos, por los textos, el paisaje humano –diversidad- y ciertas valoraciones propicias del ambiente. No serán pocos los días, sino varias semanas, lejos de tus cosas, tu ambiente, tu atmósfera –aire, gas, y agua- y también de las caras y cuerpos que acostumbras a ver periódicamente, en cada esquina, ventana, micros, comercio, boite, instituto, y demás lugares comunes de los días comunes que vivimos tanto en el puerto como dentro del mismo y además, fuera de sin siquiera preocuparse por no estar lo que debiera estar allí.

Claro que todavía no salgo y ya comienzan los comentarios acerca si será distinto o mejor a iguales –pero no semejantes- periplos que ya hemos, la mayoría unitaria, ha realizado. Se dice que cada experiencia es distinta de la otra o anterior,

pero que deja enseñanzas, que mejoran lo pasado. Si a lo mejor es una forma de ver la vida, que se va mejorando día a día y se supera hoy lo de ayer, por el solo hecho de vivir y hacer ese mismo esfuerzo de estar y convivir.

Otro día en una ciudad que está invadida por las ilusiones y las visiones creadas durante los estados latentes de tú corazón junto a tu emoción de cada día con la noche encendida en los jardines de la emoción.

Claro, estaba hasta cuando cambió la dirección de la luz.

No se hizo oscuro, sí se tornó a la real visión del trasluz, celeste, verde y amarillo. Colores irreales a la vista de los ojos negros que nadie tiene al subir, luego de que, al volver la mirada detrás de la puerta, la luz se apagó y reapareció la penumbra celestial del navegante estrecho de los canales de la ilusión.

¿Qué condición se puede presentar en unos lugares parecidos a otros, pero que son diferentes a los originales, cuando la emoción no coincide con el pensamiento actual, al ser desigual al resto, se tiende a formalizar incluso, lo que no se puede? Claro está, que no es coincidente con la individualidad.

Buscar es de algún modo, no encontrar lo original. Cada búsqueda tiene en sí una pérdida, no porque sólo, para que se busca –o sea lo perdido- sino porque el interés de lo mismo pasa por el sentido de lo dicho, cuando iba a emprender en buscar. Por lo cual, y en razón de esto, lo buscado se pierde en la búsqueda y se encuentra algo nuevo. Sucede a quienes pretenden lograr su enfoque dentro de su cuadratura de vida, que sólo logran encuadrar su caminar, pero no su determinación.

Los días lejos, de los días comunes, me producen alegría y distancia de lo rutinario. El continuismo se rompe y aparecen reflexiones más claras, pero menos complejas; porque la presión nos lleva a sentir mejor los padeceres y sinsabores. Claro está, que lo que sucede es un estado transitorio y menos original que lo anterior, aunque esto no se hubiese visto y sentido al mismo tiempo en forma separada.

Al parecer la mente nos sigue a todos lados y parte/lugares. No deja deshacerte, de lo desechable.

Aunque sea parejo y constante el propósito inicial.

Cualquier síntoma fallido de inicio y causa, justifica el replanteamiento de los días pasados que no se pudieron contener en el jardín del abismo altruista de cada ser que tiene en su interior. Es cierto que, semejante lógica –si la hay- se aplica a la minoría de los niños, que han crecido suficiente para escuchar y sentir la música de los espectros transparentes, de cada juguete que ya no usan.

Al parecer esa acción se prolonga tanto en el tiempo, que finalmente termina en el inicio de tu o de mi nueva vida, iniciada antes de hoy, pero no cerca de mañana.

Por cierto, es, que no es así. Lo más cercano es nebuloso y difuso. Al contrario de lo iniciado después, de cada partida, que te asegura que sales del lugar, pero no te señala, como vas a llegar.

Hemos pasado de un lugar a otro sin darnos cuenta, y que no nos hemos movido ni un paso siquiera. Veo lo lejano y es como si nunca lo hubiese visto, a pesar de creer, haber estado allí, donde creíste estar. Si bien nos trasladamos, la verdad es que no llegamos a movernos de nuestro lugar de inicio. Te pienso y no logro acercarme.

La distancia se ha impuesto como una barrera que nos consuela y conforma la continuidad del nuevo devenir.

Nada se acerca, todo se queda y menos se inmoviliza. Lo único concreto de traspasar el margen señalado, es acercarse a lo cruzado, a lo dibujado, a lo esperado. El instante lejano se acerca, pero no se puede dimensionar su volumen y peso. Lo que sí se sabe, es que cuando llegue, deberíamos estar en pleno proceso de velocidad mental, probada cuando sueñas con la infancia que se ha quedado en el tiempo de tu vida, preciada y amparada desde tus ahorrativas palabras, al momento de disponer como armarás la mesa para sentarte a pensar y cómo vas a actuar cuando pienses en que vas hacer.

¡Qué fatiga da escribir cuando tu cuerpo está ocupado en otras cosas! A pesar que la mente es fuerte, la resistencia al inicio es bastante compleja.

Cuando tu cuerpo se resiste al inicio del caminar. Lo cierto y certero no está en el disparo, sino en la intención de poner eso en el objeto deseado. Porque la línea, si bien es recta, el mundo es redondo -en apariencia- y la curvatura impide el logro esperado en la rectitud del comienzo. Pero si se consigue apuntar tomando en cuenta ambos aspectos -curvatura objeto- lo más probable es que se podrá apuntar a lo deseado o quizás a lo esperado por quien propuso mostrar su disposición al objetivo antes deseado, señalado, justo cuando creía que se podía evitar este acto tan preciso y evidente.

¿Cuál es el fondo de un puente sucio y lleno de agua servida, donde la gente pasa despistada y sin conocerse así misma?

El rostro apogado a la muralla raída por el rocoso pasado húmedo, tibio y abandonado que no espera a nadie nunca.

Lejano está el eco silencioso de la hiena expectante por su presa, que aparece inocente con el rostro despreocupado y feliz.

Hemos descubierto que caminar en el cerro no es lo mismo que en otro lugar. Por cierto, que el estado de ánimo lo dice todo. La forma de encarar, enfrentar, aceptar con la actitud de acorde a la circunstancia del momento.

Mientras camino, por lo general piensas en muchas cosas, o pensamos, en placeres y/o talvez en que no quieres pensar. Tanta racionalidad no conduce tu caminar, es un acto aprendido, que no busca nuevas formas de realizarlo. Si lo vemos cuando te saltas de un pensamiento a otro, se parece al ritmo de los escalones y las escalas, que permanentemente encontramos en los cerros del puerto esperado, alejado en lo alto de nuestra necesidad. Porque no somos tan buenos en el uso del puerto, que nos parece lejano y lleno de faenas y personas diferentes, que cumplen labores ajenas al común normal del pedestre que camina de un cerro a otro, aunque estoy seguro que muchos de los trabajadores del puerto, sí son habitantes de las laderas y llegan por largos escalones a sus fronteras, permitidas para realizar su vida con los suyos, cercanos, aquellos que le dan y permiten su permanencia y apego en el presente, que lo extiende al otro y otro día.

El cerro, con sus escalones, no son una sola cosa. Sino, que cada una de ellas

se han ido ocupando del otro, por medio de la necesidad tan simétrica, como curva, donde el inicio es el principal y pasa de allí en adelante. Se convierte en bajar donde la altura se ve esclarecida en lo hondo de lo profundo. Es así decir, si se puede; es sentir, que los escalones tienen múltiples maneras de realizarse, desde su autoelaboración, o sea por el tiempo rutinario andante de izquierda a derechas, como de lo profundo a lo más angosto, de la conciencia del que ríe cuando se encuentra bajando desde lo profundo, hacia el lateral cóncavo de la mente cardinal del viento áspero y salado del océano tan poco tormentoso y a veces pacífico.

El encuentro de ambos, el que baja y el que sube, en los cerros por entre los escalones, como los otros medios comunes de andar, dejan de hacer lo habitual y de nada sonríen, conversan, saltan, entonan canciones del recuerdo o critican su vida ajena, de modo entendible y no dejan de actuar como indagadores de la vida del resto de los andantes vecinos fortuitos.

Es decir, la experiencia es esto, nada se compara con las acciones recibidas desde la altura de un cerro, con un fondo acuoso, tal vez azul, ondulante, lleno de formas que te van activando tu imaginación, lo que transforma la conversación en algo más allá del simple decir cosas, sino que lo poco, o mucho que mencionas, tiene marcada la percepción del espejismo oceánico que te brilla y centellea en tu interior, dándote nuevos y nuevos elementos 'para no moverte y seguir hablando a quien te escuche.

Esas experiencias son en todo momento, no existe ni el día ni la noche, ni la hora exacta, ni tampoco el lugar correcto. El encuentro, el diálogo y el resultado, dependerá de cada sensación y de cómo ha sido la prestancia del ambiente en tu encerrada conversación.

Dejo de pensar como quieren que piense, y pienso como debo pensar. Lejos de mí y cerca del entendimiento, común y cercano al resto, al paisaje, a la atmósfera inundante de los jardines colgantes de los cerros dispares a la simple vista del ojo cansado de ver y sentir el viento galopante, lleno de bríos heroicos de la hazaña diaria por alcanzar lo cotidiano repetido desde las generaciones más expandidas del infinito rescatado hoy cerca de tu bondad.

Volviendo al inicio del comienzo lejano, ahora estoy cercano, pero no lo sabemos.

Los espacios llenos y lejanos, nos encuentran en el umbral celeste de mis pensamientos, centrados en los distintos hemisferios de tus pensares ocultos, inocentes llenos de preguntas ignoradas.

La brisa del aire pasa desde lo alto y se encamina a lo más cercano de tu sombra, que surge en el día como a nadie más.

Alba como el papel que escribo, pero lo que refleja son los pasos que no hemos dado en los curvos caminos del avanzar sin doblar a la deriva de lo más fácil del decir, constante y repetido cada vez que lo quieras hacer.

La visión se acerca a cada hilo fino de tu decir. Simple no es, es lo lúcido de tu decir lo que no se encuentra, ese trino de tu suspiro refrenado por los asombros, del avanzar al lado de lo más lento y aplastado.

Salgo de la espera lo más rápido que podemos.

Hemos recorrido el camino para regresar a retomar y empezar.

Nostalgia del pensador cansado de su sonar en cada oído plasmado de ruido.

Ido al amanecer estrellado del sur limitado por el hilo invasor transparente, fuerte y gélido.

Donde te encuentre te voy a comunicar lo que he sido el tú, de la vida.

Me empuja algo desde muy adentro. Centro de lo que es, alto, lejano, real. Lo cierto es, lo aquello que debemos ver en cada parpadeo de tus ojos. Abiertos, cerrados, la luz te penetrará en el iris cada vez que forzarás la mueca del sentir real de la fantasía, adonde te llevan cada vez que vayas entrecruzando las esquinas oblicuas –trapezoides- de la coincidencia pactada en los pares desiguales de la fortaleza animada por tu voz.

Al igual que lo pasado, hemos visto y sentido de cerca lo que se acerca desde la distancia. Una sombra difusa en el perfil del horizonte, que avanza a medida que se mueven los hielos eternos. Torreones milenarios, blancos y celestes, dependiendo

de la hora del día, porque de noche se esfuman entre la oscuridad de las lámparas adosadas al pedestal trigenio, de cerámica, carbón y bronce.

Persisten las andanzas fugaces de los transeúntes mudos de dolor ajeno, que callan al no poder contemplar el chispeante ondular cabello negro, junto a las siluetas alargadas con disfraces zoomorfos, agresivos, sin osamentas hurtadas por los traficantes de osamentas de mimbres pintados con terracota dispareja y atonales.

Creímos en los pasos disparejos del distraído genio, que se vio paseando de cerro en cerro. Pendido por la belleza de los grises barnices de las barandas ancladas desde la mitad en adelante, sin dejar espacio para titubear al momento de presentar la intención manifiesta de transitar con seguridad y concordia, en los días más complejos, del amanecer frente a tu presente ahora y sin respuesta.

Valparaíso a lo lejos se parece cada vez más, a un complejo escenario entrecruzado por ramas de laureles y rosas espinosas, que se hunden en la maraña del confuso fluir de la sangre alterada por la emoción de encontrarte sin respuesta al lado de los múltiples comentarios anónimos de los visitantes exiliados de senderos sin reflejo, lejos de la puerta del paraíso.

Te quejas en completo silencio cuando te alejas de tu puerto amado. No sales de la emoción cruzada desde el momento único de la distancia. Sabías que te iba a afectar de algún modo. Muchos se encargaron de avisarte el hecho venidero, no escuchaste y ahora, no sabes cómo contener la emoción de algo tan grande y fuerte como es la pérdida de tu horizonte, que no sólo se encontraba subiendo los cerros, sino que también, cuando te deslizabas sobre las crestas arremolinadas de las olas revueltas de cada ir y golpear la arena quieta y cada vez más molida por el continuo cambio de la temperatura, el viento y el agua que todo lo penetra y suaviza.

Valparaíso es, debe ser un señor que habita donde se apoya la vida discreta de lo más ingenuo del saber personal y único.

No tambaleas con el mismo brillante nácar de cada tiempo, que marca el paso de una nueva era. Renacer en cada instante, murmurando lo prestado cuando los dioses te crían jalones gruesos que han sido poco trabajados.

Esquinas anunciadas de antemano por los abuelos encallosados que se manifiestan sorprendidos cuando no llueve seguido o hace demasiado calor.

Recuerdos de las pocas planicies de un Valparaíso antiguo, lejano en el tiempo, pero que evoluciona silenciosamente, sabiendo de su grandeza de antaño, que ha quedado guardada en múltiples expresiones sonoras, fotográficas y pictóricas, pero sobretodo, en la memoria que aquellos niños de comienzo del siglo más pasado anteriormente.

La sombra se descarga cada día, al lado de tu mirar seguro y constante. Si hemos andado y caminado dentro de la huella ausente, de los números impares, en una gran subida de cerros adormecidos por el continuo y aplastante ir del tiempo electrónico, que descarga su historia, a pie del suelo para neutralizar el voltaje iracundo, torpe y desaprovechado, a pesar de la continua moción de acción alterna y paterna.

Claro que nadie ve el otro lado abierto, sin número corrido cerca del vidrio oscuro. La calle baja hasta el extremo de ahondar la laguna negra llena de batracios alegres.

Bordeo la sombra del edificio circular que proyecta la paciencia del hombre o del ser.

Lo medurado te tienta a medias; en cambio en tu mundo, te hará falta ese salvavidas colorido –bien bajito al corte de Perú- calmado, calma, cal, honor, desperdicio, global, calma, ojea, traspira paseando, murmurando, aceptando.

Sin la claridad del plástico transparente, cubro a lo alto de la planicie, sombra y deseable a los ojos del lince rápido y feroz.

No te detengas frente a la voz ronca del parlante acústico trasero del patio celeste a rayas, que implora salir del agujero alto cercano a las nubes brillantes de hielo transparente y duro.

Los suspiros del eco lejano llaman la atención de los insectos invertebrados, que han caído jugando en el espacio sin límites cercado de estrellas lejanas, pálidas por su deceso, que demoran en arribar, más que muchas de las instancias de los humanos.

Al amanecer en el límite oeste de mis sentimientos, he descubierto que, a lo lejos del devenir apaciguado, resaltan los anhelos de nuestros deseos, egoístas, pero llenos de sabores.

Cercano a tu rondar dentro del plácido compás, desafinado por la prisa del constante ondular de las sílabas redondas, marcadas por el acento extraño a nuestra sensibilidad, saltan presto a retomar los lugares alcanzados la otra noche, cuando soñabas que era el día de tu convencimiento prematuro frente a los hechos consabidos de la plena vida, que existe dentro de la memoria compartida por más de una de las parejas de aquel lugar que ahora no están en el mismo lugar, pero que si comparten los elementos profanos de toda discusión amable de aquellos que no se han podido separar, pero que se mantienen unidos a pesar de los torpes que opinan lo que no saben decir de los otros y menos de sí mismos.

Creer que será lo mismo ayer que antes de hoy, cuando lo cierto es real y lo incierto mueve las dudas de todo compartimiento de las mentes gemelas que se han separado desde luego ahora de pronto.

La razón de ciertas posturas intransigentes son producto del excesivo contemplar la pasividad de los demás, dentro del espacio conjunto que ha quedado lleno de líquido seco por el calor del desvío genético, que se ha producido justo ahora cuando todo se mueve sin razón de ser y con ritmo parcial, disparejo y apaciguado por la luz lunar de la noche profunda, que se ha reflejado en el océano caprichoso y suave.

La cuestión no termina aquí, ni menos porque tú quieras terminar ahora, así no más. Quedan muchas cosas por realizar. Dentro y fuera de tu andar parejo y arrítmico.

Porqué no es lo tuyo la coordinación de las líneas paralelas que sostienen tu esbeltez que se proyecta desde atrás hacia delante, como el sino antiguo, mudo, nervioso y lleno de abrazos, besos y también de golpes y risotadas silenciosas, pero que siguen siendo brotes del temperamento heredado y traído por quien no elijes ser tu padre, pero que, gracias a muchos otros elementos, se convierte en la persona más leal, comprometida y sin dar para recibir. Lo in-claro está, en que no podemos

comprender sus caprichos claros y reiterados. Somos y estamos olvidando nuestra caridad, por indiferencia y silencio cómplice, soterrado y lleno de amalgamas de mezcla de hierro, carbón y amplitud de memoria. Lo injusto es la preocupación más allá de lo necesario, con quien apenas sabe tu nombre.

Hemos escuchado, oído y escatimado en cada uno de los actos disparejos a que debemos asistir, para estar presentes donde no hemos sido en forma reiterada, invitados y a menos a que se nos diga, e indique con el dedo, los audaces y atrevidos que resultamos ser.

Ingenioso es compartir y tu calidad de vida con quienes creen saberlo todo. Lógico, si ha caminado más de la cuenta, estás con todo el derecho a desacatar aquellas instancias impuestas y propuestas por tu inconciencia, que ha ido brotando cada vez que termina el verano y se cierra la bendita primavera.

Clamores se resisten a la constante refriega de tu incómoda posición vertical, cuando sale la luna y atraviesa la bóveda celeste, protegida por los mantos de polvo cósmico, aparentemente brillante, verdaderamente resistente e impenetrable en la memoria y los sentimientos, de quienes han compartido sus debilidades, dejas nombrar a todos las fortalezas y la belleza.

Valparaíso te presentas alto, esbelto, modelado, consciente de tu pasado, esquivo sin testimonio de origen, pero presto a los versos conjuntos de artistas aclamados, alejados de tus laderas como aterrados por los que has representado

Valparaíso Puerto entreabierto al mar, al viento, a la ilusión constante de los poetas historiadores, matemáticos ilustrados más y más.

Valparaíso te anclaste entre todos esos contrafuertes valientes que luchan día a día con el viento capotado de lado que sube y baja, arrasa las casas de los másfieles ciudadanos aguerridos sufridos pero que hunden cada día.

Más sus raíces al suelo teñido por sus ancestros añorados

Pasados, relucientes que tratan de recuperar constantemente, pero sin prejuicio y menos con orden sin establecer el parecer del hombre común que ya no asiente la incesante del moderno destructor edificante de falos con ventanas insignificantes

que brillan cuando cae el sol; a lo mejor es lo que debería ser dejar de brillar al menos así no molestan al pasar y levantar la vista y encontrar esos cilindros llenos de impaciencia muerta en el crecimiento porque el contorno se ha opuesto a romper la disparidad de su surgir nuevo, prepotente, pero sin alma ni exponente.

Valparaíso herido avanza sin el aceleramiento del tiempo actual, camina con la lentitud de su esperanza esculpida por miles de reproches surgidos por las ambiciones de los déspotas venidos de otros confines, aún, siendo hermanos.

De sentir al mismo confín se han encargado lentamente de perturbar la situación irreal de la transformación de una a otra verdad.

Valparaíso se enfrenta a cada instante a los anhelos de los ambiciosos inconscientes que tratan por todos los medios de taladrar su espíritu granítico pero horadado desde hace tiempo por aquello que hasta ahora no se detiene nunca a recoger su sombra y agradecerles que tengan esas calles, veredas, escaleras, quebradas que son únicas e incontrables, nunca. Fuera de este entorno alucinante y constante.

Valparaíso no se queja por las continuas agresiones de todos aquellos que abusan y se creen porque se han establecido en sus entrañas y tienen derecho a perturbar sus murallas, haciendo de ellas un retrete de la incapacidad de los artistas que no son músicos, pero que se esmeran en sonar acorde.

Estos han sido más expulsados que escuchados. Mujeres de la vida que han florecido en sus calles, no se asoman en el día y tratan de dormir de madrugada, corriendo de un lugar a otro, escondite de tu diseño feroz y placiente, viviente a cada rincón con el espesor necesario de la vida protegida por la multiplicidad de cables sin sentido ni destino que el visionario ha tendido y amarrado a la ciudad en el complejo escenario central de tu circular, que se muestra al mundo sin antifaz.

Valparaíso, no piensa más en los destructores de sus recuerdos que son ellos, los que tendrán que pagar sus culpas cuando otro incendio acabe con el clamor inconsciente de lo que iba a suceder.

Pero a pesar de lo que podamos decir, nos sentamos en algún momento frente al paisaje mágico de tu amplio horizonte curvo, recto, profundo.

Nos renueva la sensación de estar frente a los colores originarios desde el inicio establecidos por quienes no sabemos y algunos creen ser.

Valparaíso, no es fácil sentirse contigo cerca, te alejas cada vez que te desplazas hacia los otros lugares dispuestos y notas que el límite se finaliza no como cuando estás encaramado en uno de sus cerros que crees que este es el lugar que no se repite.

Valparaíso me condiciona a tener el día a día junto a gran parte de los peregrinos que cruzan, avanzan, traspasan sus calles, rincones, atajos que nos interrumpen nuestras rutinas ancladas.

Es un tiempo feroz que no se detiene y sí atrapa en cada una de sus etapas conscientes del hoy.

Si pero, Valparaíso se retrotrae a un tiempo propio, disparejo, inconsciente en un orden preciso, hermoso, acertado, dado, anhelado que buscamos todos los que podemos llegar cuando escuchamos los latidos y las pulsaciones de tu correr común, por donde has transitado muchas veces sin detenerte a preguntar desde cuando permites avanzar a los demás transeúntes vigilados por grabaciones odiosas del déspota ansioso de reconocimiento material pero que no cundirá en su deseo de sobresalir más allá de tu venderse al momento, como a tantos otros que le han sucedido.

Valparaíso te otorga la oportunidad de explorar en tu cavidad de ser autónomo al momento de formular tus expresiones y sentimientos buscados en tus trabajos asignados, desde el contorno obligado, parcelado por la injusta sociedad que hemos establecido sin tener más que aceptarla, pero reclamando el origen de ella.

Valparaíso ha visto tantas y tantas modificaciones de la sociedad, de las personas, pero también de su estructura física, que la ha hecho sangrar reiteradas veces y a penas cuaja su herida, de nuevo otra perforación fea, brutal que aparece de la nada, pero si ganan los sin moral atesorándose de tu prestigio adosado en el suelo materno.

Valparaíso de igual modo que como al fin estás ahí, a pesar de no contar con los presentes.

De ese momento alucinante que marca el instante mágico de tu sonreír dinámico expuesto en las sombras de sus ángulos romos esparcidos entre todas las formas geométricas que eres tú.

Valparaíso no dejó de pensar en el valor que has tenido al permanecer gallardo a pesar de que sistemáticamente te destruyen amigablemente muchas veces, pero hostilmente la mayoría, aunque gran parte de estas heridas son del propio, del mismo interior, tus hijos que te defienden pacientes, conscientes soldados de lapaz generada, engendrada en los rincones de tus calles, paredes, acequias que hablande la fantasía expuesta callada, que aún no se descubre completamente.

La distancia que toman muchos por los prejuicios te salvan del menosprecio infundado por esas autoridades pasajeras que se tratan de convertir en un elemento para la risa, de los ignorantes atacados por los temerarios buscadores de fortunas, que llenan las plazas sin su presencia verdadera, ocultos dentro de la inmensidad amorfa de los sin nombres, agazapados, arrastrados, trasladados en la vorágine de ritmo citadino que tú también tienes en ciertos momentos de tu pasar animoso, perplejo e iracundo.

Y la historia continúa con nuevas expresiones y tintes renovados de aparecidas experiencias que se van a suceder a cada tramo del andar presente, mirando como los días comienzan, pero no sabemos si finalizan a la misma hora.

¡Qué dilemas más sentidos sólo por ti cuando ya has recocado tu individualidad y actitudes! En sentido disperso como el verso que inventaste a tu amada pasajera que se emocionó sin lágrimas ni menos con el beso que deseabas antes de crear tu prosa inconexa pero que tenía sentimiento, del aliento profundo de tu corazón frágil por tu hábil mujer.

Cerca de todo se encuentra el vacío lleno de olvido y letanía: el Puerto de Valparaíso.

Lo veo sin distinción, aclaro el temor real. Pasión desigual antes de iniciar el caminar.

El trueno suena lejano como las luces de los faros de Valparaíso.

Valparaíso no pienses más en el atraso de la memoria colectiva.

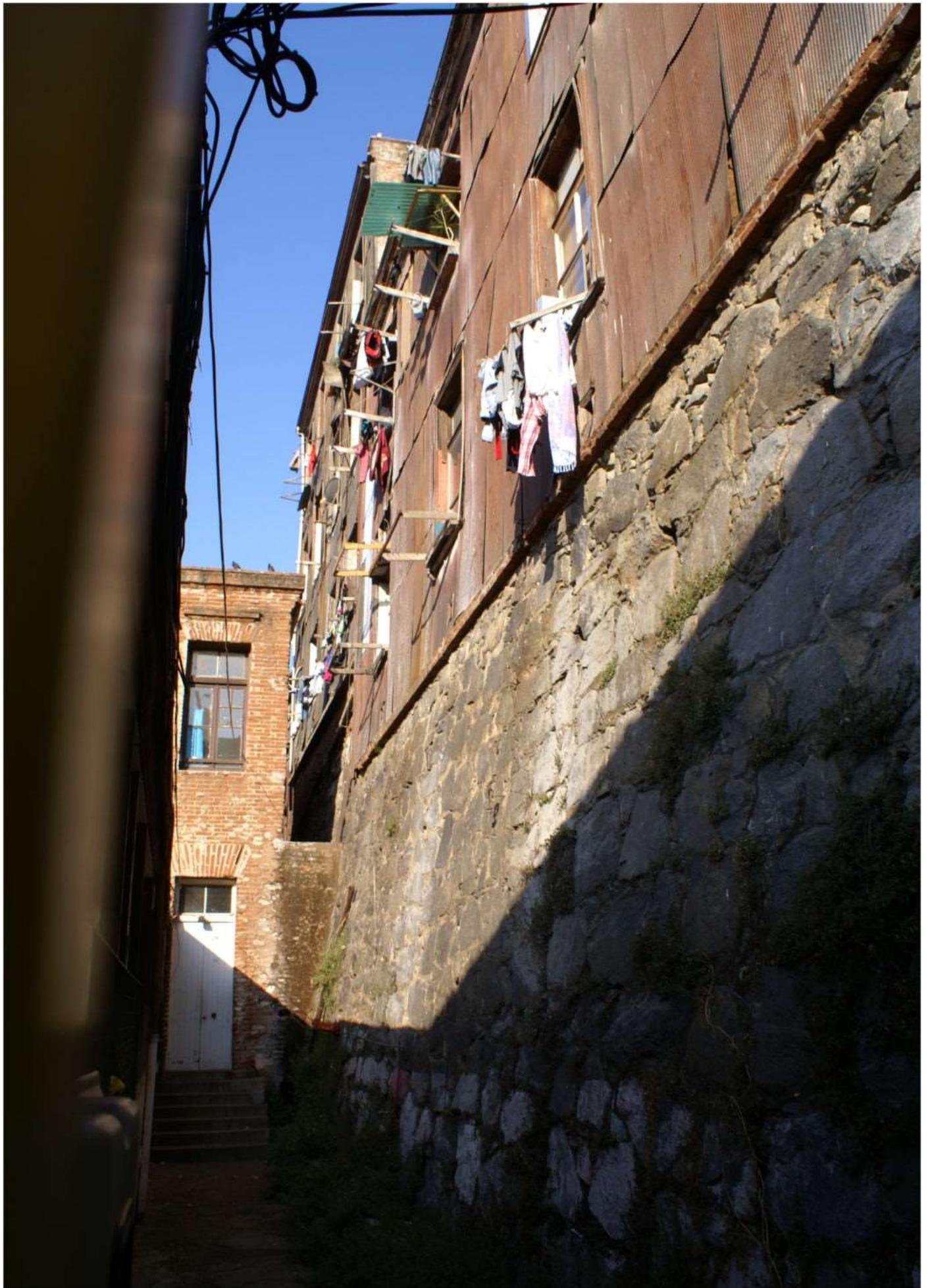
Valparaíso se recoge a la hora del té, cuando todos los ven recoger los cités.

Ayer caminé desde lo distante a lo lejano. Me encontré rodeado de abrazos fraternos y en medio de ellos a Valparaíso cálido y presto.

El contorno es la sombra de un Valparaíso aletargado por su pasado que no se deja acariciar desde hoy, ni menos de mañana.

Valparaíso no deja de ser la puerta del mar hacia el horizonte estirado, amado y lleno de esfumados.

Rodeado de cerros que experimentan la crujiente quebrazón de los Valparaíso, es el oasis de la razón dispuesta desde el limbo celestial.



Ahí Valparaíso.

En el horizonte vulgar se asoman las naves
Que se aproximan a variar de rumbo
Con destino al puerto de Valparaíso.
Muchas veces el destino a don Pancho
Es de casualidad no estipulada en
La bitácora del tal Capitán
El problema es que salir de
De Valparaíso no es casual sino
Que te obligan a salir
Para el ingreso de otros destinados.
Entonces nos encontramos con lo imaginable.
La visión opuesta desde la altura;
La visión contraria desde el horizonte.
La visión aparente desde el descanso;
La visión simulada desde el derroche;
La visión gosoza desde el desorden;
La visión enojosa desde el sentimiento;
La visión pasada desde el memorial;
La visión presente desde el Puerto;
Permanente del Valparaíso contrariado actual.

Reminiscencia.

Hemos comenzado por olvidar el origen
De lo dispuesto en el Puerto esperado
Por los viajeros asustados desde el pasado.
Porteños algunos, Franciscanos otros, ven con
Desprecio amoroso a Valparaíso calcinado
Con el resplandor de la leyenda escuchada
Lejos de la frontera alucinada por las
Almohadas suaves y excitantes de tus vírgenes
Anhelantes de pecunios constantes que te
Han hecho disponer de tus hijos para la
Permanencia al lado de los almacenes de
Los barrios aglutinados en cada cerro disparejo
Con el reflejo desproporcionado, faeneando el
Pan glutoso que acosa a los golosos caminantes de
Cada día que transitan por las angostas vías de tu
Intenso declinar humenante.
Visto con los parlantes de la conciencia incierta
Paralela a la lucidez eterna del Valparaíso
Soñado desde antiguo, que aún no encuentra
Su cumpleaños deseado a la hora esperada
Menos cuando su mar ha perdido su profundidad
Emblema de la distancia y el honor de tu orgullo.



Encuentro Valparaíso.

Ha finalizado por ahora el temporal que
Azotaba las costas de Valparaíso con erizadas
Olas de mar embravecido, botes alejados, anclas botadas
Desde el extremo del malecón certero y mocetón.
La vista no termina de mostrarte sus cerros:
Escalones, ascensores, cunetas, balcones, timones
Sacados de los barcos alejados de sus oficios
Establecidos en los días, alterados por el viento
Frontal que llega cargado de lluvias en los
Meses de invierno cuando la necesidad es
Exclusiva meritoria para un Valparaíso
Carente de contención amena que suena
Desde las venas interiores de sus calles profundas
Estiradas desde abajo hacia la orilla del
Mar, espacio vital para la virtual acogida de
Vida que proporciona la entrada
Horizontal a Valparaíso experimental de su
Emoción fraterna que aumenta frecuente
Como lo dispone el gremio del Puerto
Presente que lucha con la modernidad
Expoliante, brillante del excitante abrigo
Del murallón horizontal, fraternal y potente.

Encuentro real.

Hemos continuado a ir y volver e ir desde aquí
Con disposición inicial antes encajada en el sonar
Del ancla botada con prisa en el Puerto de Valparaíso
Presente con múltiples asistentes
A tu actividad diaria que completa la faena del
Personaje experto en descargar, cargar, armar, sellar
La nave moderna antigua que busca descansar
Luego de tan largo periplo no sin dificultad
Aparente que se discute con los oficiales sin los
Marineros presentes pero atentos a su profesional
Labor puntual, necesaria, única y exclusiva.
Valparaíso luego de esa inmensa labor hecha por
Distintos profesionales de puerto se apresta
Atrayente, diferente, contagioso a brindar goce y
Amor a cada marino que atraque en su suelo sucio pero
Honesto, afectuoso, amable, con señales equivocadas en
Contra de tu destino que ha sido parejo y ordenado
Pero Valparaíso se las arregla para acoger a todos
En el lecho del placer continuo con costo incorporado
Que viene pagado sin hacer exclamación ni reproche
Llevándose el recuerdo de la mujer u otro...dentro de
Su silencio cómplice pero que lo ha hecho más macho.

NO ESCUCHO LO QUE DICES.

LA VALIDACIÓN DE VALPARAÍSO VISTO COMO UN RECOVECO DE ENCUENTROS PERMANENTES COMO EL VIEJO AMANTE QUE RETORNA AL NIDO CÁLIDO, AMENO, PLACENTERO, DISPUESTO PERMANENTEMENTE FRENTE A TODA ACCIÓN CAMBIANTE QUE ALTERA, MOTIVA YO EXCITA A NUEVAS FORMAS DE REHACER EL LAZO UMBILICAL QUE CONECTAN LA MEMORIA PALMARIA CON LA EXPERIENCIA CUTÁNEA ALOJADA EN CADA SENDERO, QUEBRADA Y PLAZUELA DEL PUERTO ACTIVO, DINÁMICO, DE CONTINUO CAMBIO COMO SON LAS MAREAS QUE AFECTAN DÍA A DÍA Y MODIFICADOS POR CON LA LUNA ESQUIVA INFLUYENTE QUE RESGUARDA SU LADO, OSCURO IMPENETRABLE AL MORBO HUMANO, PLENO DE INCÓGNITA SUMADO EN UN SINNÚMERO DE ESPECULACIONES QUE AFECTAN CADA VEZ MÁS FUERTE A NUESTROS HABITANTES QUE SE REFLEJAN Y SE ILUSIONAN CON EL PASO DEL ASTRO BRILLOSO NOCTURNO QUE AL PARECER SE HAIDO ACERCANDO AL ESPÍRITU DESACRALIZADO DEL HABITANTE PEDESTRE DEL CERRO EMPINADO, CERCANO A LA ÓRBITA ROTULAR FLORECIENTE, DINÁMICA, ESPECTANTE DE LA NUEVA GENERACIÓN DE OBSERVANTES SILENCIOSOS DISPUESTOS A ACLARAR LA NOCHE ESTRELLADA QUE LLOVIZNA PERIÓDICAMENTE CON ESCASA PERCEPCIÓN AL MOMENTO DEL RETORNO ANCESTRAL, A LA HORA PROGRAMADA POR EL BIORRÍTMO INDIVIDUAL DE CADA PÒRTEÑO SOLO O EMPAREJADO EN LA OCASIÓN PROPUESTA Y DISPUESTA POR EL ORÁCULO DE TURNO, EXTRAÑADO EN LA DINÁMICA PRESENTE COMO ALGO EFÍMERO, TAMBALEANTE EQUILIBRISTA DEL ACONTECER RUTINARIO.



CORRERÍAS, TROPIEZOS, SUBIDAS; VALPARAÍSO.

SUBIENDO UNA ESCALA ME DIO UNA GRAN IMPRESIÓN NO A PRIMERA VISTA SINO QUE PERMANENTEMENTE ESTABA RAYADA, SIN ORDEN NI BELLEZA SINO CON FUERZAS DISPERSAS QUE CONVOCAN REACCIONES DISPARES QUE NO SE DEJAN NEUTRALIZAR PORQUE LA VISIÓN ES DESIGUAL PERO NO SÓLO POR LO INCONEXO DEL MURAL O POR LO QUE SE QUIERA LLAMAR SINO POR EL ÁNIMO QUE HA QUEDADO EXPUESTO EN LAS DISTINTAS CAPAS DE PINTURA ASUMIDAS POR LOS AUTORES ANÓNIMOS QUE NO HAN VUELTO A VERLA Y QUE A LO MEJOR ESTÁN DEBAJO DE LA NUEVA CAPA DE PINTURA EXTENDIDA SIN DEJAR VISUALIZAR LA ANTERIOR ORIGINARIA, SIN SENTIDO, QUE HA PERDIDO SU PRESENCIA EN LA VISTA PERO NO EN LA SÓLIDA MURALLA QUE ESTÁ LLENA DE MATERIAL, MUCHO DE ÉL TÓXICO, PERO EXPRESIVO DE LA IRA, INCONCIENCIA, FEALDAD, SENTIMIENTO, REACCIÓN, IRREVERENCIA, REBELDÍA, OFENSA, ODIO QUE EL ANTERIOR EXPUSO Y FUE SOFOCADO IN EXPRESSO PERO NO LA EXPRESIÓN ANTERIOR MANIFESTADA; LAS ESCALERAS DE LOS CERROS SIRVEN PARA LAS MANIFESTACIONES DE TODOS QUIENES ASÍ LO SIENTEN, AUNQUE CAUSEN MOLESTIAS A MUCHOS QUE NECESITAN LA PUREZA DE LO VACÍO PARA ENCONTRAR EL PUNTO DE SU TRANQUILIDAD INTERNA CON LA MEDIDA DEL TÚNEL ABIERTO ENTRE TU CORAZÓN TU CAMINAR Y LA ILUSIÓN

DE PODER TRASLADAR EN CADA LUGAR CON EMOCIÓN
TAL QUE NO TE QUEDA OTRA COSA QUE ABRIR
TODOS TUS SENTIDOS Y ALMACENAR LO QUE HAS
SENTIDO A CADA PASO DEL ANDAR CON DIRECCIÓN
IMPROPIA, PRECONCEBIDA, SIN ENEJO NI REPROCHE.
LAS BARRERAS DE LOS ESCALONES, POR LOS
GENERAL, HAN SIDO PUESTAS EN TIEMPOS MÁS
CERCANOS A NUESTRA PRESENCIA DE
NECESIDADES EDILES MUCHAS DE ELLAS SIN CONOCER
LA REALIDAD NI MENOS EL PROVECHO DE LOS
DEMÁS AUSENTES DE LAS INTERROGACIONES
ACUMULADAS PARA LLEVAR A CABO EL RESULTADO
ESPERADO EN CONJUNTO CON EL COMÚN DEL SENTIR
SOCIAL QUE DESCONOCE A FIN DE CUENTA LOS
OBJETOS IMPUESTOS EN TU CAMINAR DIARIO
EN LOS CERROS ESCALAS, SUBIDAS, BAJADAS DE TU
CIUDAD PROPIA PERO AJENA AL EXTRANJERO HUIDO,
INCOMPRENDIDO POR SU LENGUAJE QUE INCOMODA
AL TRANSEÚNTE AUSENTE QUE CAMINA CON SUS PROPIOS
PROBLEMAS DE CADA DÍA EN SU PEREGRINAR DESDE
CERRO EN CERRO CUAL ASCENSOR COLGADO CON
SUS TIRANTES BRILLANTES ACEITADOS POR EL PASADO
LEJANO QUE LOS HACÍA RESALTAR DE LA COMPETENCIA
INJUSTA EXPUESTA POR LA LOCOMOCIÓN DINÁMICA
QUE SE TRANSA POR TODAS PARTES Y LUGARES DEJANDO
EN SEGUNDO PUESTO A LOS ASCENSORES MUDOS POR EL,
AUSENTE PASAJERO QUE YA NO SE SIRVE DE SU TRASLADO,
PORQUE ESTE CERRO QUE ANTES ÉL CUBRÍA SE HA ESTIRADO,
PROLONGADO MÁS LEJOS DE SU PROPIO ALCANCE,
DEJÁNDOLO SÓLO COMO UNA AYUDA PARCIAL LOCAL CENTRAL DE

LA COMPLEJA COMPOSICIÓN DE NUEVOS CERROS

EXPLANADAS, QUEBRADAS QUE SE HAN INCORPORADO AL EXPANDIRSE DE VALPARAÍSO QUE NO SE DETIENE NI A LA ALTURA NI A LA QUEMADURA NI A LA ROTURA DEL NUEVO PAISAJE QUE SE ASOMA DISTANTE DEL BORDE COSTERO QUE SE CONSIDERA COMO EL PATRIMONIO PERO EL RESTO ES DONDE VIVEN QUIENES SON CIUDADANOS Y LABORAN EN TODOS LOS LUGARES IMAGINADOS POR LOS HIJOS AMADOS, PADRES AUSENTES, MADRES EMPLEADAS EN CASAS DISTANTES, NORMALES DISPUESTOS FUERA DE VALPARAÍSO QUE TE ALEJAN PARA COMPARTIR CON MUCHOS OTROS EL TRABAJO DIARIO CON MUCHO SACRIFICIO

HAY QUE BUSCARLO ALLÍ DONDE COMPITES CON OTROS PEREGRINOS DE DIFERENTES DESTINOS DIFERENTES, CONCURRENTES NECESARIOS PARA ALIMENTAR CADA DÍA CON LA NECESIDAD EXPRESA DEL ALICIENTE MARCADO EN TU HOGAR ENCLAVADO ALLÍ DONDE NO SE VE NI SE ASOMA AUNQUE TE UBIQUES EN DISTINTOS LUGARES Y MIRADAS, LA VISTA NO ALCANZA A VER TULAR QUE NO ESTÁ ESCONDIDO DE TI SINO QUE ESTÁ PROTEGIDO POR LOS OTROS HOGARES QUE SE AYUDAN, CUBREN, AISLAN DEL ARROYADOR VIENTO EL CORAJUDO DESPLAZAR DEL CEMENTO CUBIERTOS DE MODO ESPESO EL TERRENO SIN TIERRA FÉRTIL QUE EN GRAN MEDIDA NO QUEDAN MÁS QUE PARA ESTABLECER RECINTOS HABITACIONES CON LOCALES IMPROPIOS SIN PLAN NI PERCEPCIÓN FIJA DE LA ATENCIÓN NECESARIA DEL HABITANTE CASUAL QUE MORA AQUÍ

PERO SU PRESENCIA ES ESCASA CADA VEZ QUE SE LE REQUIERE CUANDO EL GENTÍO LO NECESITA, LO MÁS PROBABLE ES QUE ESTÉ LEJOS DEL LUGAR DE LA NECESIDAD DEL INSTANTE PRESENTE PERO SU AUSENCIA NO ES POR MÉRITO PROPIO SINO POR LAS CIRCUNSTANCIAS EXPUESTAS EN SU PROCESO DE VIDA QUE MUCHAS NI SIQUIERA SON SU PROPIA DECISIÓN SINO QUE DEBE HACERLA SIN MÁS O QUEDA FUERA DE LA PASIVIDAD DE ENCONTRAR LO SUFICIENTE ESPERADO PARA ECHAR ANDAR TODO LO DESEADO NO SÓLO POR ELLA O ÉL SINO POR EL RESTO DEL GRUPO FAMILIAR QUE ESTÁN EXPECTANTES DE SUS LOGROS QUE SE INICIAN CON EXPECTACIÓN DÍA A DÍA PERO QUE CON EL TIEMPO SON LA RUTINA OBLIGADA DEL PRESENTE EXIGENTE POR LAS NECESIDADES QUE TÚ HAS CREADO, QUE VAN EN AUMENTO Y QUE DECAEN A PESAR DE TU CANSANCIO, AGOTAMIENTO, SENTIMIENTO, RELAJAMIENTO; ES EL CONTINUO DESAFÍO QUE VIVEN AL SALIR, CRUZANDO CERROS TRAS CERRO DESDE TODOS LOS PUNTOS DEL VALPARAÍSO EXTENDIDO A LO LARGO Y ANCHO DE ESTA DISPAR Y ALTA GEOGRAFÍA QUE NO HA SIDO TAN COMPLACIENTE CON EL RESIDENTE SINO QUE LO HA CONVERTIDO EN UN GRAN DESCUBRIDOR DE SU HABILIDAD SIN ACEPTAR TODO LO QUE LE TRATAN DE IMPONER EN INMENSOS CARTELES DE CONTEXTURA ORDINARIA, FEOS CON ROSTROS AUSENTES QUE REFLEJAN LOS INTERESES DE LOS DESTRUCTORES DE TU HABILIDAD ALCANZADO LUEGO DE DISTINTAS LUCHAS CONTRA ELLOS MISMOS, ALCAHUETES DE LA MENTIRA

SIN DISTINGO NI ALEVOSÍA AL PRETENDER ACERCARTE
A TI AHORA QUE LA AMBICIÓN ES DETERMINADA POR
AQUELLA CANCIÓN ALEGRE PERO LLENA DE FALSAS PROMESAS,
TIEMPOS DE PESARES, ENERGÍA NEGATIVA PERO TU
TEMPLE VA A RESPONDER A ESAS IRONÍAS QUE
NO SE ACABAN; AQUÍ ESTE ES UN RASTRO DE TODAS LAS
ANTERIORES CARETAS QUE HAN CONOCIDO LOS
CERROS PORTEÑOS Y TAMBIÉN
DE SUS VECINOS CERROS QUE APRENDEN A MIRARLOS
COMO CON-CERRANOS Y SE ORGANIZAN DISPUESTOS
A SU DEFENSA COMO EN VALPARAÍSO YA LO HAN
HECHO DE PRISA POR MUCHOS AÑOS, DÉCADAS Y
TIEMPOS IMPARES, REFLEJOS DE MILLONES DE
MANIFESTACIONES LOCALES QUE HAN PROVOCADO
REACCIONES
NACIONALES CON EXCLAMACIONES PRESENTES Y
RECONOCIMIENTOS PATENTES DE MI PRESTANCIA Y NOBLEZA
FIRMEZA POR EL TALANTE ORGULLOSO DE
TU CONDICIÓN PERMANENTE DEL CERRO DISPUESTO
CASI SIEMPRE EN SENTIDO CONTRARIO DE LA UBICACIÓN
DESEADA POR LOS EXPERTOS EN INSTALACIONES DE PLANOS
URBANOS INSERVIBLES EN VALPARAÍSO AUSENTE DE TODA
DISCUSIÓN PLANIFICADA PARA LA INSTALACIÓN DE
SU POBLACIÓN UBICADA Y RODEADA DE JARDINES
INCONSECuentes TRAÍDOS DE OTROS LINDES CENTRALES
QUE BUSCAN EL CONTROL DE SUS HABITUALES Y QUE
VAN A ROMPER ESE ESPACIO PREDILECTO DEL
BARRIO CASA A CASA DONDE TODO SE SABE Y LO
TRASMITE AL VECINO DE SU VECINO CON PRESTANCIA,
EXACTITUD DESIGUAL PERO DONDE LA MAYORÍA

SABE QUIEN ERES, DE DONDE VIENES, QUE HACES Y NO HACES,
CON QUIEN VIVES, A QUIEN HAS DEJADO, DONDE TRABAJAS, BARRIO,
BARRIO QUERIDO POR TANTOSY TANTOS AMANTES DE SU CERRO
QUE ABRAZAN A SU BARRIO DIFERENTE, MUCHAS VECES NO
EXTENDIDO EN EL PLANO PERO DONDE EL ESPÍRITU ESTÁ
PRESENTE EN CADA RINCÓN DE TU CAMINAR POR
ESAS VEREDAS DE PIEDRAS SOBRESALIENTES
QUE SI NO
TIENES CUIDADO TE TROPIEZAS Y CAES BRUSCAMENTE
EN EL DURO PISO DE LA ACERA DESGASTADA POR
EL ALTO TRÁNSITO DE PEATONES AL DEAMBULAR
PERMANENTEMENTE DE DÍA, TARDE, NOCHE, POR
LAS SUBIDAS VEREDAS QUE PRESENTAN MILES DE
GRADIENTES, DESCANSOS, HOYOS MÚLTIPLES, DESDE
LOS DIFICULTOSOS A AQUELLOS ARTÍSTICOS, APROVECHADOS
POR EL ARTESANO POPULAR PARA CREAR SU OBRA ANÓNIMA
QUE SE QUEDA PARA VERLA MUCHOS TRANSEÚNTES
DESPISTADOS QUE NO LES INTERESA LO QUE ALLÍ SE ENCUENTRA
SÍ QUE NECESITA SUBIR O BAJAR PARA IR A BUSCAR,
ENCONTRAR, OLVIDAR TANTAS MÁS SENSACIONES EN
EL PUNTO DE ENCUENTRO POSIBILITADO LUEGO DE
TRANSITAR LA ACERA NARRADA POR EL GUÍA PERDIDO.
EN ESTE NUEVO DILEMA DEL SUELO PINTADO
HACE POCO POR UNA NUEVA EXPRESIÓN DE ARTE QUE
HA SIDO HECHA CUANDO NO SABEMOS POR NO ESTAR
PRESENTES
O BIEN SON O NO SON ARTISTAS QUE LA EXPRESIÓN
RÁPIDA, SEGURA PERO QUE TAL VEZ NO PERDURE
MÁS ALLÁ DE LAS PRIMERAS LLUVIAS O LA

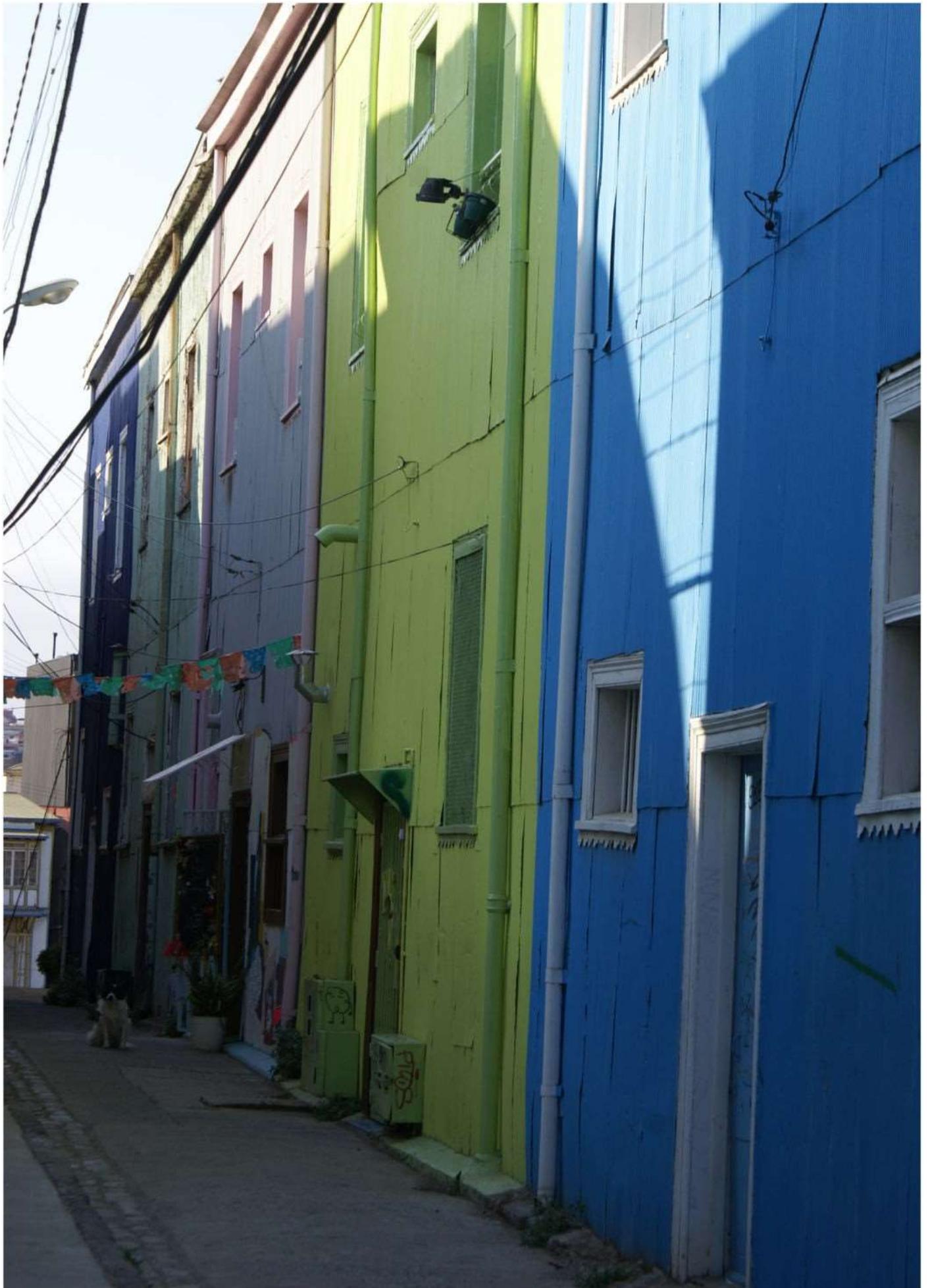
VARIABILIDAD DE LOS CARNAVALES O DEL ALTO TRANSITAR DE LAS
CONTINUAS CORRERÍAS DE FIESTAS, CARRETES Y DEMÁS;
SABEMOS QUE AL VIVIR EN VALPARAÍSO, ESTE NOS ACOGE A TODOS
SUS HABITANTES,
JORNADA TRAS JORNADA, SIN DESCANSO NI PREJUICIO –PERO CON
CONCIENCIA-
VALPARAÍSO AUNQUE AUSENTE DE
LO COTIDIANO PRESENTE
EN RELACIÓN A NO DARTE CUENTA QUE
ESTÁ AHÍ DIARIAMENTE
ME CONVIERTE EN UN RESIDENTE,
CONTEMPLADOR CON ESTUPOR
A VECES DE CÓMO PERMANECES SIN
RECLAMAR LAS INJUSTAS
ACUSACIONES QUE TE HACEN AQUELLOS QUE
NO SE INTERESAN
EN NADA MÁS QUE EN SUS PROVECHOS
MEZQUINOS, SORDOS,
HASTA DE SUS PROPIOS SEGUIDORES
ACOMPLEJADOS PORQUE NO
PUEDEN DOMESTICAR EL ESPÍRITU LIBERTARIO
DE LA ALUCINANTE CIUDAD
SIN CONTORNO NI FONDO LIMITANTE
QUE ENCUADRA A
SUS HABITANTES, DE OTRAS CIUDADES QUE VEN
A TI VALPARAÍSO
COMO LA ESENCIALMENTE LIBERTARIA,
APASIONADA, VALIENTE
PRESENCIA DE UN PASADO BUSCADO PERO
EN PARTE RECUPERADO

POR CIERTOS PENSAMIENTOS QUE EN
OCASIONES SON DISTORSIONADOS
CON INTENCIÓN DE PROVECHO MEZQUINO,
MIOPE, RUÍN
DE LOS RENOMBRADOS «BOYS» QUE
TE QUIEREN TRASFORMAR
EN UN MERO PRODUCTO NEGOCIABLE
PARA LOS INTERESES
EXTERNOS QUE NO SE HAN
CONTENTADO CON SUS PROPIAS
SI NO EXTIENDEN SUS TENTÁCULOS
SOBRE TU ATRACTIVA
NEUTRALIDAD DE CIUDAD FEMENINA
COMO LA PORTEÑA
PERO DONDE ESTÁ INCIERTO EL
VAL PARÍSO DE ESPÍRITU
GRUESO, BATALLADOR QUE NO SE DEJA
AVASALLAR POR EL DESTENIDO
ESPÍRITU DEL CENTRAL DOMINIO QUE
EN TRENES REPLETOS
DE CANSADOS ASPIRANTES A FELICES
HOMBRES QUE POR SU
REALIDAD HAN PERDIDO SU ALEGRÍA, SIRVIENDO
AL PETULANTE OTRO CIUDADANO QUE
TRASCURRE GALONADO,
SIN BRÍO NI ESPÍRITU Y TODO LO DEJA FUERA
DEL LÍMITE SOBERANO CUANDO
DE LUCIRSE SOCIALMENTE
CONVOCA A SUS INTEGRANTES –INTRIGANTES ACASO-
PARTÍCIPES DE LA NUEVA

REALIDAD QUE VALPARAÍSO NO QUIERE
COMPARTIR GRACIAS
A QUE SE CUENTA CON VISTA AL MAR,
PRESENCIA DEL CIELO
QUE SE REFLEJA EN EL OCÉANO
Y QUE ADEMÁS
AQUÍ SE CONVOCAN LA MAYORÍA DE
LOS ELEGIDOS A DISFRUTAR
DE EL VIVIR QUE BRINDAN LOS
DISTINTOS CERROS, LADERAS,
SUBIDAS, ASCENSORES Y EL PUERTO
ACOMODADO EN MEDIO DE UN GOLFO
LLENO DE CORRIENTES MARINAS QUE
HAN SIDO UNA LUCHA CONSTANTE
PARA LOS BUQUES
SUBMARINOS Y BOTES DE SU INSTALACIÓN, ATRAQUE
DE CADA DÍA, JORNADA QUE INTENTAN CARGAR,
DESCARGAR, TRANSPORTAR PERSONAS O EL
SÓLO HECHO DE
ESTAR FLOTANDO, ESPERANDO AL
VISTANTE INGENUO,
ALUCINADO CON ADENTRARSE EN ESE
OCÉANO INESPERADO,
OSCURO, PROFUNDO, FINO, RIZADO, ONDULADO
QUE TE RODEA E INVITA A CRUZARLO
EN LA DISTANCIA
MEDIA QUE TE PERMITE TU NAVE ARRENDADA
AL PORTEÑO HEREDERO DE ESA TRADICIÓN SECULAR,
SAPIENTE DE LOS VIENTOS CORRIENTES, NAVEGACIÓN Y
DEMÁS CONDICIONES QUE TE IMPONE EL CRUZAR EL OCÉANO

CON PLACER, GOCE AVENTUROSO DE LA EXPERIENCIA
QUE SÓLO LA VIVES CUANDO VES
ALEJARTE Y ASOMAR
DE MODO GIGANTE VALPARAÍSO EN TUS ESPALDAS
Y TE ADENTRAS EN EL OCÉANO VIGILANTE DE SU
CIUDAD LEAL QUE SE HAN ALEJADO SI
NO MÁS BIEN COMPARTEN DEMASIADAS COSAS,
MOTIVOS Y SENTIMIENTOS EN COMÚN DESDE
EL INICIO DE LA VIDA, LOS GOCES DE PAREJAS
EL RECUERDO DE ESOS DÍAS
PASADOS, LOS MATRIMONIOS
TANTOS Y TANTOS HASTA LAS FIESTAS A
SAN PEDRO NAVEGADOR Y COMO TODO
CICLO DE LA VIDA
EL ARROJE SENTIDO DE LAS CENIZAS
DEL SER AMADO QUERIDO QUE SE HA IDO
PARA SIEMPRE DE TU LADO PERO QUE VUELVE
A SU MÁS DESEADO Y QUE SE LO TRAGA SIN
RECELO Y CON PROFUNDO SILENCIO ASEGURÁNDOLE
LA TRANQUILIDAD NECESARIA Y LA PERTINENCIA
A TODO ESE NUEVO MUNDO PROFUNDO, SILENCIOSO,
QUE SE ENCUENTRA DEBAJO DE LOS BUQUES,
LOS BOTES Y DEL PUERTO DE
LA CIUDAD DE VALPARAÍSO.



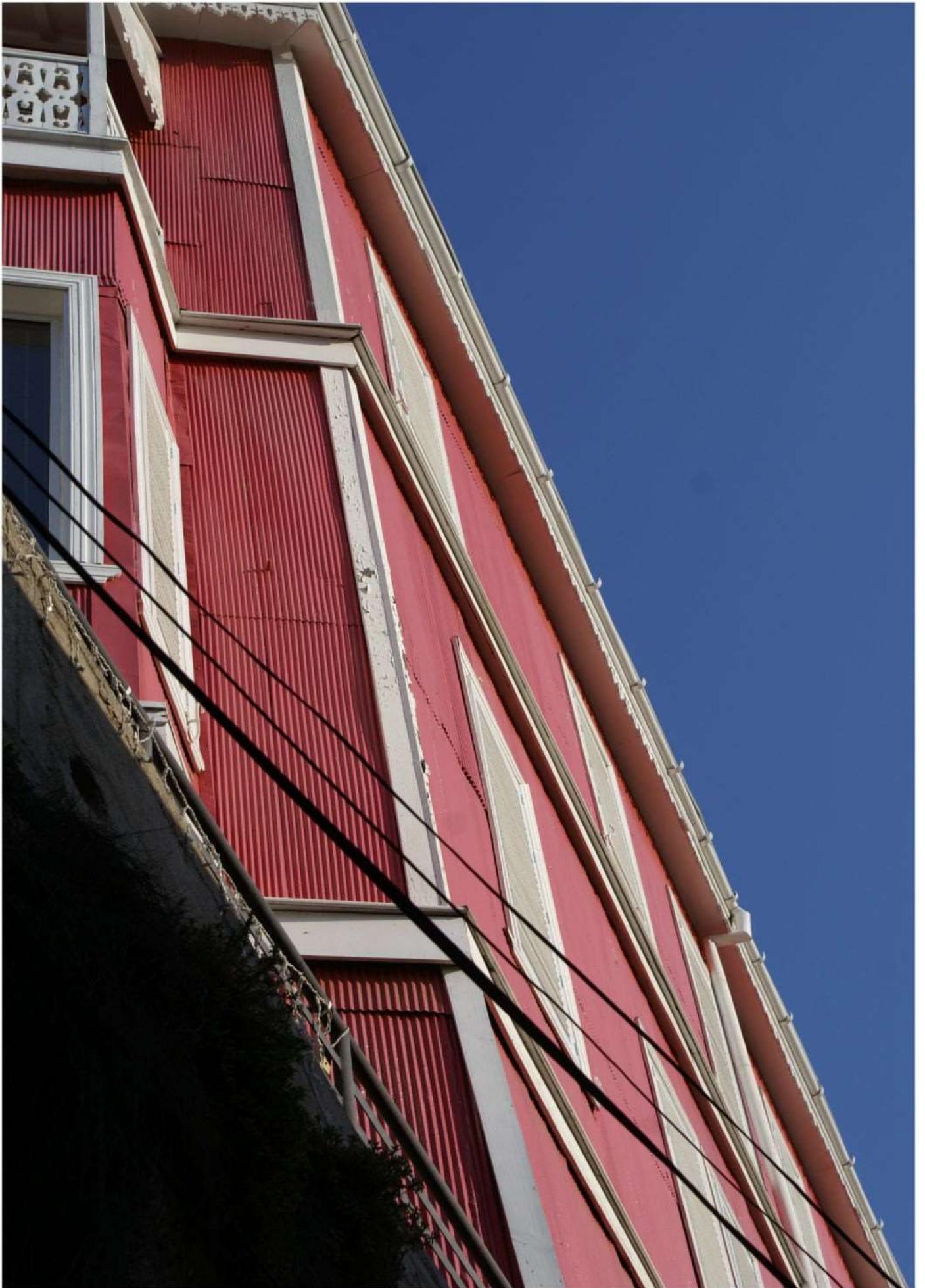


ESPERANZAS LISAS.

ACORDANDO LOS IMPULSOS DISPAREJOS DEL
COMPÁS CRONOLÓGICO ANUNCIADO EN MURALES
EXTENDIDOS A LO LARGO DE CADA RINCÓN
DE TU LUGAR QUE TE COBIJA EN TU
DIARIO INTERRELACIONARSE CON EL HÁBITAT
ESPERADO LUEGO DE LA JORNADA
COMBATIVA DEL NUEVO DÍA QUE SE
DEBE ENFRENTAR CON LA EMOCIÓN
PERMANENTE
NO SÓLO PENSADA AL INTERIOR DE
LA SIQUIS ESTIMULADA POR CADA ANHELO
LOGRADO EN EL DISCURRIR DEL HIELO DE LA
INTELIGENCIA PLASMADA MÁS ALLÁ DE TU
PRESENCIA PASAJERA DE TU VIDA REAL, ACTUAL
PROTAGONISTA INHERENTE DE LA IDEA QUE NO
ESTÁ AÚN PRESENTE PERO QUE NO DEBE PERDERSE
EN EL ENJAMBRE SOCIALIZANTE.

SUEÑO ESPINADO.

ESTANDO DESPIERTO LA MAYORÍA DEL DÍA
SE SIENTE EL PESO DEL CUERPO LUEGO DEL
LARGO ESFUERZO ACORDADO PARA EL LOGRO
CONVENIDO ENTRE VARIOS EXTRAÑOS OPINANTES
QUE HAN ABIERTO EL DEBATE CONSTANTE A
CADA INDIVIDUO METICULOSO, ANSIOSO DE
MENOSCABAR LOS TÉRMINOS EMANADOS AL
TRASLUZ DEL ENFOQUE LINEAL
APARECIDO PERMANENTEMENTE COMO LA
INCÓGNITA LUNÁTICA DE COLOR PLATEADO
QUE SE REFLEJA EN EL CRISTAL ACUAMARINO
BRILLANTE QUE COMO UN PRISMA
DESCOMPONE LA LUZ, QUEDANDO DE FONDO
LO MÁS OSCURO DEL COMPRENDER IMPARCIAL
NO SÓLO EN EL EMPEÑO INDIVIDUAL SINO QUE
BUSCAMOS LA PERPETUIDAD DEL EMBLEMA
INDIVIDUAL QUE HA SURGIDO DEL COLECTIVO
NUMEROSO DE AÑOS TRANCURRIDOS DE
PERMANENCIA ESTABLE.



GRIS COMO TÚ.

CUANDO EL DÍA ESTÁ GRIS ME ALLEGO MÁS A TI
VALPARAÍSO CERCANO AL MAR TRANQUILO CON
LA ESPERA COTIDIANA DE TUS HIJOS LEJANOS
SE ENCUENTRAN EN LA LADERA LA ANCIANA
CON LA NIETA A PENSAR EN EL PADRE, AUSENTE
VIAJERO QUE SE HA PERDIDO DÍA A DÍA EL CAER
DEL DÍA DESDE EL BALCÓN ESTIRADO DE
UNA QUEBRADA SALIDA EN LA BAHÍA DE
VALPARAÍSO AMIGO, SIN INTERÉS NI
PREOCUPACIÓN EN EL TIEMPO, TE ACARICIA;
CON LENTO DESFILAR LAS CALLES SE VAN
AMOLDANDO CADA DÍA MÁS A SUS CERROS
YA NO SE VEN COMO AYER ESTOS
HAN SIDO CUBIERTOS POR ÁRBOLES DE CEMENTO
QUE COTIDIANAMENTE LUCHAN POR
ALCANZAR EL SOL
QUE GRAN PARTE DEL AÑO TAPADO POR NUBES
Y EL RESTO CÁLIDO COMO EL LUGAR MÁS
PARADISIÁCO QUE NO CONOCES VALPARAÍSO
LA NOSTALGIA TE ACOGE SIN CONSULTA NI
AVISO ENTRE LA BRISA, LA PRISA Y LA
INFINITA REALIDAD, VALPARAÍSO NO TE
ALEJES DE MI VISTA AUNQUE LEJOS DE TUS
CALLES Y ESCALONES AHORA ME HALLÉ DISPUESTO
A MIRARTE CON DIFICULTAD TRANSPARENTE
MUY FRECUENTE ME ACONTECE QUE TE PIERDES
EN LA INDIFERENCIA DE QUIEN TE VENDE POR LOS
INTERESES MESQUINOS DE ESOS FUNESTOS VECINOS

QUE YA NO PERTENECEN A TU
VALPARAÍSO CELESTINO DE MILES DE ENAMORADOS,
TIZNADOS DE SU AIRE CARGADO DE PASIÓN,
VEHEMENTE, ALUCINANTE, PRESTANTE DE ALMA
CARGADA DE RECUERDOS DE GRANDEZAS SOÑADAS
EN CADA RINCÓN DE TU ESTRECHEZ RAYADA
POR LOS INICUOS ARTÍSTAS NO CONCIENTES
DE HERIRTE PASAJERAMENTE PORQUE COMO
SIEMPRE VALPARAÍSO RESISTE UNA Y OTRA VEZ
LA IMPACIENCIA DE TUS HIJOS QUE NO
SE CONTENTAN CON VIVIR DE TI SINO
QUE BUSCAN ADENTRARSE EN TI PARA QUEDAR
PRESENTE EN TUS CIMIENTOS CARCOMIDOS POR
LA CODICIA, LA IMPRUDENCIA Y LA IMBECILIDAD.
VALPARAÍSO PROGRESA AL RITMO DE MUCHOS
SIN ACUERDO NI TRATADO NI MENOS POR LOS
ESPERADOS RESULTADOS DEL QUEHACER PERIÓDICO
QUE NO TRANSA, AVANZA SIN MÁS NI SE
DETIENE A PENSAR Y MENOS A RAZONAR LA
CERTIDUMBRE DE TU CONTINUO
SOLLOZAR JADEANTE
DEL DOLORIDO CALLADO QUE SIENTE LA
INGRATITUD EVIDENTE DEL NO VIDENTE
QUE CALLA PACIENTEMENTE PORQUE LO SIENTE
A CADA PASO EL DOLOR DEL VIENTRE DILATADO
DE ESTE VALPARAÍSO MALTRATADO POR LOS HIJOS
QUE NO ESTÁN PERO QUE LLORA POR LA
AUSENCIA Y LA FALTA DE SU PRESENCIA EN
LA LEJANÍA DE VARIOS OCÉANOS QUE LOS HAN
TRANSPORTADO EN BUSCA DE SU SEGURIDAD
MATERIAL TAN RECURRENTE ENTRE LA GENTE

NO TE PREOCUPES VOLVERÉ A MIS CERROS
AÑORADOS,
LADERAS AGOTADAS, ESCALERAS ADOSADAS A
LA ROCA CRISTALINA POR LA
RESINA DE MILES DE CAPAS DE PINTURA
SOBREPUESTAS PARA OCULTAR LAS BRABATAS DE
LAS OPINIONES ACEPTADAS POR EL NICHOS
ALZADO EN CUARENTAICINCO CERROS ALZADOS
A LO LARGO Y ANCHO DEL VALPARAÍSO
QUE SE LEVANTA DESAFIANTE Y APRESURADO.

CUADERNOS DE SOFÍA
EDITORIAL

ALESSANDRO MONTEVERDE SÁNCHEZ

Hemos Visto y Vivido algo de Valparaíso

ALESSANDRO
MONTEVERDE
SÁNCHEZ

COLECCIÓN
221 A... LA HABITACIÓN
DE AL LADO DE HOLMES

CUADERNOS DE SOFÍA
EDITORIAL

ISBN: 978-956-9817-54-0



9 789569 181754 0